

Minerva en la Pampa, Sarmiento en el templo. Bibliotecas populares e historicismo arquitectónico en el sudoeste bonaerense a principios del siglo XX.

María de las Nieves Agesta .

CONICET – Centro de Estudios Regionales “Prof. Félix Weinberg”, Depto. De Humanidades,
Universidad Nacional del Sur, Bahía Blanca (Argentina).

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-0586-1008> e-mail nievesagesta@uns.edu.ar.

Recibido 14/02/2020 Evaluado 05/03/2020 Publicado 20/03/2020

RESUMEN

Minerva en la Pampa, Sarmiento en el templo. Bibliotecas populares e historicismo arquitectónico en el sudoeste bonaerense a principios del siglo XX

Entre fines del siglo XIX y principios del XX, en la Argentina se produjo un proceso configuración del sistema bibliotecario que, impulsado desde el Estado, tuvo como eje el formato de la biblioteca popular creada, sostenida y administrada por asociaciones de particulares. Ligadas a los centros urbanos en franca expansión, estas instituciones se multiplicaron por todo el territorio nacional, en especial por aquellas regiones del litoral pampeano que se vieron favorecidas por la puesta en marcha del modelo agroexportador. El sudoeste de la provincia de Buenos Aires, incorporado recientemente al dominio estatal, fue protagonista, así, de la proliferación y el desarrollo de poblados de carácter agrícola y comercial que pretendían equiparar sus avances socioeconómicos con sus progresos culturales. En localidades como Bahía Blanca y Coronel Suárez se produjo, en consecuencia, una modernización acelerada en cual los grupos ilustrados asumieron un rol activo mediante la fundación de instituciones de promoción de la cultura considerada legítima, que se convirtieron, de este modo, en marcas y agentes del cambio.

El presente trabajo se propone indagar sobre las bibliotecas populares de estos dos últimos centros urbanos –la Bernardino Rivadavia (1882) y la Sarmiento (1915), respectivamente– a partir del análisis de la dimensión arquitectónica de sus sedes institucionales. En este sentido, proponemos considerar estos edificios como artefactos culturales policrónicos donde se articularon diversos lenguajes y temporalidades a fin de construir determinadas representaciones sobre el saber, la cultura letrada y las bibliotecas, así como del rol que ellos les cabría en la conformación de una ciudad moderna acorde a los patrones de la civilización europea. El historicismo ecléctico de las fachadas que las transformó en auténticos templos del conocimiento se conjugó entonces con la creciente racionalización espacial que requería el público lector en expansión, los acervos bibliográficos en aumento y la paulatina profesionalización de la práctica

bibliotecaria. Asimismo, los edificios se integraron al entramado urbano, consolidando la distinción entre un centro de gran potencia simbólica y una periferia destinada, en especial, al despliegue de las actividades cotidianas vinculadas a la vivienda y al sustento. La presencia de Minerva, diosa romana de la sabiduría y las artes, en el frontón de la sede bahiense, funciona, así, como síntesis iconográfica de la voluntad de estas instituciones por insertarse en una tradición occidental que prestigiara su labor pero también confirmar el progreso de estas tierras.

Más allá del aporte empírico que supone el estudio de las entidades bonaerenses, este artículo pretende introducir tres reflexiones de alcance general. La primera se refiere a la dimensión activa de los artefactos culturales en los procesos de modernización latinoamericanos; lejos de ser meras evidencias de los cambios, dichas formas fueron agentes activos en ellos ya que contribuyeron de manera sustancial a modificar las experiencias sociales y culturales de los habitantes de las ciudades. La segunda cuestión plantea la necesidad de considerar las obras arquitectónicas como objetos complejos, históricos y espacialmente contextualizados. En este sentido, se considera que el estudio de los edificios no puede bastarse a sí mismo ni escindirse de su articulación con el ámbito urbano y con la función de las instituciones que albergan. Finalmente, este trabajo plantea la necesidad de problematizar los relatos historiográficos totalizadores a partir de la recuperación de las historias locales y regionales. La noción de policronía se revela aquí más productiva que la de anacronismo, muchas veces utilizada para hablar de los contextos provincianos, en tanto permite dar cuenta de la apropiación selectiva de elementos de los repertorios culturales vigentes de acuerdo a las posibilidades y requerimientos de las sociedades receptoras.

PALABRAS CLAVE

Bibliotecas populares; sudoeste bonaerense; arquitectura historicista; modernidad; urbanización

ABSTRACT

Minerva in the Pampa, Sarmiento in the temple. Popular libraries and architectural historicism in the southwest of the province of Buenos Aires at the beginning of the 20th century

Between the end of the 19th century and the beginning of the 20th century, in Argentina took place the configuration process of the library system, initially encouraged by the State, based on the popular library as institution created, sustained and managed by civil associations. Linked to urban centers in frank expansion, these libraries multiplied throughout the national territory, especially those regions of the pampas that were favored by the implementation of the modelo agroexportador. The southwest of the province of Buenos Aires, recently incorporated into the state domain, was thus the protagonist of the proliferation and development of agricultural and commercial villages that sought to put on the same level their socio-economic advances and their cultural progress. In locations such as Bahía Blanca and Coronel Suárez, there was, consequently, an accelerated modernization in which the literate groups assumed an active role through the foundation of institutions for the promotion of the culture considered legitimate, which thus became brands and agents of change.

This paper intends to investigate the popular libraries of these two urban centers-Bernardino Rivadavia (1882) and Sarmiento (1915), respectively- based on the analysis of the architectural dimension of their institutional headquarters. In this sense, we propose to consider these buildings as polycronic cultural artifacts where different languages and temporalities were articulated in order to construct certain representations of knowledge, literate culture and libraries, as well as of the role that they would fit in the conformation of a modern city according to the patterns of European civilization. The eclectic historicism of the facades that transformed them into authentic temples of knowledge was then combined with the growing spatial rationalization required by the expanding reading public, the increasing bibliographic collections and the gradual professionalization of library practice. Likewise, the buildings were integrated into the urban framework, consolidating the distinction between a center of great symbolic power and a periphery destined, in particular, to the deployment of daily activities related to housing and livelihoods. The presence of Minerva, the roman goddess of wisdom and arts, on the facade of the Bahía Blanca's library, works, as well, as an iconographic synthesis of the will of these institutions to be inserted into a Western tradition that would prestige their work but also confirm the progress of these lands.

Beyond the empirical contribution of the study of these entities, this article intends to introduce three considerations of general scope. The first refers to the active dimension of cultural artifacts in Latin American modernization processes; far from being mere evidence of the changes, these forms were active agents in them as they contributed substantially to changing the social and cultural experiences of city dwellers. The second question raises the need to consider architectural works as complex, historical and spatially contextualized objects. In this sense, it is considered

that the study of buildings cannot be sufficient for itself or split from its articulation with the urban environment and with the function of the institutions they host. Finally, this work raises the need to problematize the totalizing historiographical accounts from the recovery of local and regional histories. The notion of policronia is revealed here more productive than that of anachronism, often used to talk about provincial contexts, while allowing to account for the selective appropriation of elements of existing cultural repertoires according to the possibilities and requirements of receiver societies.

KEYWORDS

Popular Libraries; Southwest Province of Buenos Aires; Historicist Architecture; Modernity; Urbanization

RESUM

Minerva a la Pampa, Sarmiento al temple. Biblioteques populars i historicisme arquitectònic al sud-oest de Buenos Aires a principis de segle XX.

Entre finalitats de segle XIX i principis de l'XX, en l'Argentina es va produir un procés configuració de sistema bibliotecari que, impulsat des de l'Estat, va tenir com a eix el format de la biblioteca popular creada, sostinguda i administrada per associacions de particulars. Lligades als centres urbans en franca expansió, aquestes institucions es van multiplicar per tot el territori nacional, especialment per aquelles regions de l'litoral pampeano que es van veure afavorides per la posada en marxa de el model agroexportador. El sud-oest de la província de Buenos Aires, incorporat recentment a l'domini estatal, va ser protagonista, així, de la proliferació i el desenvolupament de poblats de caràcter agrícola i comercial que pretenien equiparar els seus avenços socioeconòmics amb els seus progressos culturals. En localitats com Badia Blanca i Coronel Suárez es va produir, en conseqüència, una modernització accelerada en qual els grups il·lustrats van assumir un paper actiu mitjançant la fundació d'institucions de promoció de la cultura considerada legítima, que es van convertir, d'aquesta manera, en marques i agents de canvi.

El present treball es proposa indagar sobre les biblioteques populars d'aquests dos últims centres urbans-la Bernardino Rivadavia (1882) i la Sarmiento (1915), respectivament- a partir d'anàlisi de la dimensió arquitectònica de les seves institucions. En aquest sentit, proposem considerar aquests edificis com artefactes culturals policrònics on es van articular diversos llenguatges i temporalitats per tal de construir determinades representacions sobre el saber, la cultura lletrada i les biblioteques, així com de el paper que ells els cabria en la conformació d'una ciutat moderna d'acord amb els patrons de la civilització europea. El historicisme eclèctic de les façanes que les va transformar en autèntics temples de el coneixement es va conjugar llavors amb la creixent racionalització espacial que requeria el públic lector en expansió, els patrimonis bibliogràfics en augment i la gradual professionalització de la pràctica bibliotecària. Així mateix, els edificis es van integrar a l'entramat urbà, consolidant la distinció entre un centre de gran potència simbòlica i una perifèria destinada, especialment, a el desplegament de les activitats quotidianes vinculades a l'habitatge i a l'aliment. La presència de Minerva, deessa romana de la saviesa i les arts, en el frontó de la seu bahiense, funciona, així, com a síntesi iconogràfica de la voluntat d'aquestes institucions per inserir-se en una tradició occidental que prestigiés la seva tasca però també confirmar el progrés d'aquestes terres.

Més enllà de l'aportació empíric que suposa l'estudi de les entitats de Buenos Aires, aquest article pretén introduir tres reflexions d'abast general. La primera es refereix a la dimensió activa dels artefactes culturals en els processos de modernització llatinoamericans; lluny de ser meres evidències dels canvis, aquestes formes van ser agents actius en ells ja que van contribuir de manera substancial a modificar les experiències socials i culturals dels habitants de les ciutats. La segona qüestió planteja la necessitat de considerar les obres arquitectòniques com a objectes complexos, històrics i espacialment contextualitzats. En aquest sentit, es considera que l'estudi dels edificis no pot bastar-se a si mateix ni escindir-se de la seva articulació amb l'àmbit urbà i amb la funció de les institucions que alberguen. Finalment, aquest treball planteja la necessitat de problematitzar els relats historiogràfics totalitzadors a partir de la recuperació de les històries locals i regionals. La noció de policronia es revela aquí més productiva que la d'anacronisme, moltes vegades utilitzada per parlar dels contextos provincians, en tant permet donar compte de l'apropiació selectiva d'elements dels repertoris culturals vigents d'acord a les possibilitats i requeriments de les societats receptores.

PARAULES CLAU

Biblioteques populars; sud-oest de Buenos Aires; arquitectura historicista; modernitat; urbanització

Los pueblos que forman bibliotecas, las aprovisionan con amplio y diverso material, que las convierten en templos del saber y que se sienten atraídos por ellas, son pueblos que poseen el dominio de sí mismos y que hacen, de la voluntad de aprender, el más formidable de los instrumentos para su avance por los caminos del progreso, con mente sana y corazón fuerte. (“El nuevo edificio...”, 15/08/1930: 8)

El término biblioteca (βιβλίον, libro y θήκη, armario) alude tanto al edificio donde se conserva un conjunto de libros ordenados como a esa misma colección. Su estudio histórico, sin embargo, ha desplazado a un segundo lugar la primera acepción para centrarse ya sea en el análisis del material allí resguardado o en las dinámicas y relaciones institucionales y sus transformaciones a lo largo del tiempo. La dimensión arquitectónica, sin embargo, fue una cuestión fundamental que condicionó la vida y la supervivencia de las bibliotecas desde que la invención de la escritura confirió a la palabra una existencia tangible. A partir de entonces, los tratados y las reflexiones sobre el tema se multiplicaron en vinculación dialéctica con la práctica arquitectónica y con los procesos históricos. La doble revolución –francesa e industrial– implicó, en este sentido, un cambio radical en la manera de concebir las bibliotecas que, a partir de entonces, se convirtieron en Europa en instituciones públicas, en gran medida organizadas y financiadas por el Estado para el servicio de los ciudadanos. (Cosme Muñoz, 2004: 157) En este marco, el enorme crecimiento de las colecciones así como la ampliación del público y de las funciones bibliotecarias, requirieron de una renovación de las formas y del pensamiento arquitectónico.

En la Argentina, como en gran parte de América Latina, los orígenes de la historia bibliotecaria aparecen ligados, en primer término, a la dominación hispánica y, en segundo, a los procesos independentistas de principios del siglo XIX. Como señala Alejandro Parada (2013), durante el período colonial la distribución de bibliotecas en el territorio respondió al patrón de la colonización y se concentró, sobre todo, en ciudades con una fuerte presencia de las órdenes religiosas, como Córdoba, y, ya hacia fines del siglo XVIII, en Buenos Aires, la nueva capital virreinal.¹ De esta manera, desde tiempos tempranos, se produjo un desarrollo desigual estrechamente ligado a la vida urbana que no haría sino acentuarse en épocas posteriores. A las bibliotecas de instituciones y corporaciones religiosas y a las particulares que primaron en este primer momento, se sumaron, a partir de la Revolución de Mayo de 1810 otras modalidades surgidas tanto del naciente poder estatal como de los nuevos grupos sociales que habitaban la capital. En este contexto, se creó, por iniciativa de Mariano Moreno, la Biblioteca Pública de Buenos Aires (abierta en 1812 y que en 1880 se convertiría en Biblioteca Nacional) y surgieron las bibliotecas de los institutos de enseñanza oficial, las societarias, las circulantes y los gabinetes de lectura. Estas transformaciones daban cuenta de la creciente secularización cultural que estaba teniendo lugar en el Río de la Plata y que continuó profundizándose durante el siguiente período de organización nacional. Entre 1852 y

1. En 1776 la dinastía de los Borbones creó el Virreinato del Río de la Plata, con capital en Buenos Aires, en el marco de la reestructuración del Imperio hispánico que pretendían llevar a cabo como instrumento para reforzar el control del territorio colonial y hacer más eficiente su administración. La apertura del puerto de Buenos Aires al comercio con España y su integración al mercado de cueros y carnes saladas con el consecuente impulso a la actividad ganadera, implicó un notable crecimiento poblacional y la consolidación de una pujante burguesía mercantil. De esta manera, la ciudad dejó de ocupar la posición periférica que había desempeñado hasta entonces y se convirtió en un importante centro urbano con una intensa actividad edilicia que mantenía un contacto directo con Europa a través del Atlántico.

1916 se concretaron, de hecho, importantes hitos en la historia del libro local. Sin dudas, la década de 1870 fue clave en este devenir dado que fue entonces que, a medida que se extendían la lecto-escritura, la escolarización, el comercio librero y la edición, el movimiento bibliotecario recibió un impulso notable gracias a la acción gubernamental y legislativa de Domingo F. Sarmiento. En efecto, la promulgación de la Ley n. 419 de promoción de las bibliotecas populares y la creación de una Comisión Protectora de alcance nacional implicaron la proliferación de estas instituciones en gran parte del territorio. Así, una multiplicidad de bibliotecas creadas y administradas por los ciudadanos con el apoyo estatal vino a sumarse a las grandes bibliotecas públicas y universitarias que apelaban a lectores más especializados. La crisis internacional de 1890 y el crecimiento de un proletariado urbano de origen inmigrante, supuso, asimismo, el surgimiento y expansión de las bibliotecas obreras ligadas a las ideologías de izquierda y aquellas ligadas a asociaciones y clubes como nuevos espacios de sociabilidad popular. (Planas, 2016) A mediados de la década de 1910, luego de la Primera Guerra Mundial, las bibliotecas populares recibieron un impulso renovado a partir de la reglamentación de la restaurada Ley n. 419 (que había sido derogada en 1876), del auge del fomentismo barrial, de los nuevos partidos políticos y de la Iglesia Católica en Buenos Aires (Gutiérrez y Romero, 2007) y de los procesos de efectiva ocupación y de urbanización en el resto del espacio nacional.

En las localidades del interior, las bibliotecas municipales y, sobre todo, las populares, constituyeron la base de la estructura bibliotecaria y se transformaron en agentes y marcas de la modernización socio-cultural de las localidades. La provincia de Buenos Aires, una de las más beneficiadas por la expansión económica y demográfica que supuso la implementación del modelo agroexportador² a partir de la década de 1880, se erigió en el segundo nodo de desarrollo bibliotecario después de la capital y dio cuenta de este fenómeno en el Censo Nacional de 1914. De acuerdo con él, existían 104 bibliotecas en la provincia (98 de libre acceso) que, más allá de las 7 ubicadas en la capital –La Plata– y las 6 situadas en Junín, se distribuían de manera uniforme por los pueblos bonaerenses en crecimiento. A pesar de que los registros censales son confusos en cuanto a las formas de sostenimiento de cada una ellas y se hallan incompletos, puede deducirse la relevancia de las bibliotecas populares sobre el total de las existentes a partir de los informes de las comisiones de fomento; en efecto, en 1914, 46 entidades recibieron subvenciones del organismo provincial y 73 más de su par nacional. (Ministerio de Gobierno, 1915) La ayuda oficial, sin embargo, no siempre estuvo presente y, aun cuando existió, no resultó suficientemente cuantiosa ni regular como para garantizar la supervivencia de las instituciones que se vieron continuamente acuciadas por problemas financieros y de infraestructura. Como había señalado el presidente de la Biblioteca Pública de la Provincia de Buenos Aires en 1887, era indispensable procurar local permanente a las bibliotecas populares “para proporcionarles vida duradera”. La carencia de instalaciones

² El modelo agroexportador implementado por la Generación del 80 consistía en la incorporación de la Argentina al mercado capitalista internacional como proveedora de productos primarios y compradora de manufacturas y bienes de capital a los países industriales, principalmente de Europa. De esta manera, se configuró una economía dependiente y vulnerable que, ligada a los intereses de las elites locales comerciales y agropecuarias, pervivió durante, al menos, cuatro décadas.

adecuadas para la conservación y la consulta del material bibliográfico explicaba en parte, según su criterio, las dificultades que habían encontrado para afincarse y expandirse en el territorio bonaerense durante las últimas décadas del siglo XIX. En la era de la “espacialidad material” (Parada, 2013) la presencia corpórea de libro hacía imprescindible contar con un espacio de almacenamiento físico que, además, pudiera adecuarse a los acervos siempre en expansión. En la segunda década de la centuria siguiente y, en especial, en la tercera, esta situación pareció mejorar de manera considerable a medida que se afianzaban las agencias públicas específicas, se acentuaba la profesionalización bibliotecaria y aumentaba el público lector. Fue en este momento, como muchas de las bibliotecas populares bonaerenses lograron concretar la aspiración de la “casa propia”. La construcción de la arquitectura bibliotecaria se insertó y contribuyó, entonces, activamente en el proceso de modernización acelerada que tuvo lugar en la Argentina de fines del siglo XIX y principios del XX.

El presente artículo se propone abordar el problema de la representación de la cultura letrada y de sus instituciones en clave arquitectónica a partir del análisis de los procesos de elaboración y reforma de los edificios sociales de dos bibliotecas populares del sudoeste bonaerense a principios del siglo XX: la Bernardino Rivadavia de Bahía Blanca y la Sarmiento de Coronel Suárez. La primera de ellas fue fundada en 1882 por un grupo heterogéneo de vecinos interesados en la promoción cultural de la localidad, cuya ubicación geográfica le deparaba un futuro promisorio como nodo económico en el marco del modelo implementado a nivel nacional. La segunda, por su parte, se organizó recién en 1915 a partir de la iniciativa de un conjunto de jóvenes con inquietudes culturales relacionados con la colectividad israelita de ese pueblo. Durante los primeros años del siglo XX y a diferencia de Bahía Blanca que fue adquiriendo un perfil urbano y comercial, Suárez, que no contaba con salida al mar, se convirtió en un centro de población estrechamente ligado a la vida rural. En ambos casos, sin embargo, el notable crecimiento poblacional producido por la afluencia migratoria y la expansión productiva tuvo su correlato en una preocupación de los sectores medios y altos por crear condiciones “espirituales” adecuadas al ideal civilizatorio moderno. Como representantes de la cultura letrada legítima y de su voluntad pública, estas bibliotecas sostenidas por la sociedad civil fueron consolidando su posición simbólica en el imaginario local hasta transformarse en referentes institucionales de la cultura regional. Dicha posición no hizo sino visibilizarse y reforzarse a partir de la construcción de sus sedes sociales definitivas a fines de los años veinte gracias a la confluencia de los esfuerzos públicos y privados. Al comenzar la década, ambas entidades contaban con nuevas residencias: la de la Rivadavia erigida específicamente para esos fines y la de la Sarmiento producto de la remodelación realizada sobre la antigua casa masónica.

La estética historicista elegida para la fachada de sendos edificios asumió, por lo tanto, una dimensión representativa que contribuyó a afianzar el rol hegemónico de estas instituciones tanto como a la afirmación de una determinada noción de cultura. Así, la asociación con los templos clásicos –mencionada de manera explícita en el epígrafe y sintetizada en la figura de la diosa Minerva– reforzaba el carácter sagrado atribuido al mundo letrado y transformaba el

espacio bibliotecario en una heterotopía que requería una actitud reverencial de parte de los asistentes. A la vez, proponía una tradición selectiva que hacía del saber occidental fundado en la razón y la confianza antropocéntrica el sustento sobre el cual se asentaba el proyecto de la cultura moderna. Su diagramación interna, sin embargo, se hacía eco de las nuevas necesidades de racionalización y de especialización funcional que requerían las bibliotecas del siglo XX con un patrimonio creciente y con un público cada vez más diversificado, mientras que en su decoración se combinaban las alusiones ilustradas y nacionalistas con la sobria elegancia de los materiales industriales, como el hierro y el vidrio, en un diseño de franca filiación modernista. De acuerdo con esto, proponemos concebir a estas bibliotecas como artefactos culturales dotados de una triple naturaleza –material, simbólica y social– que construyen significados y que, como indica Ricardo Cicerchia (2016), “se modifican durante su realización dependiendo de las condiciones de posibilidad, las metas programadas y la propia agencia de los actores”. Esta articulación del objeto-forma con el proceso cultural, le otorga características de historicidad y de especificidad, pero también lo convierte en un punto de convergencia de lenguajes, prácticas y discursos correspondientes a distintas temporalidades. Así, antes que ni anacrónicos ni arcaicos, estos artefactos de principios del siglo se presentan como policrónicos, es decir, como entidades donde se gestionan y conviven activamente múltiples registros temporales escogidos en función de la construcción de determinados contenidos semánticos.

Insertos en el área central de la trama urbana, estos edificios no pueden considerarse aisladamente, sino que, por el contrario, deben ser entendidos en el marco del proceso de urbanización del interior de la provincia de Buenos Aires que se estaba produciendo desde fines del siglo XIX ligado a una acelerada y expansiva modernización. En el cruce de la acción estatal, la iniciativa privada y los saberes técnicos, esta arquitectura institucional y de servicios, calificada en ocasiones como “monumental”, adquirió una fuerte carga simbólica que convirtió a cada una de sus manifestaciones en auténticos hitos urbanos que pasaron a integrar la “ciudad representativa” que convivía, en un espacio heterogéneo, con al área comercial y con la destinada a la vivienda. Como señala Henri Lefebvre (2013: 101), se trataba de elementos que coadyuvaban a la producción del espacio social y se insertaban en la una textura urbana, volviéndola aún más rica y compleja.

La confluencia de Minerva, diosa romana de la sabiduría y las artes, con Sarmiento, representante de la expansión de la educación laica y gratuita en la Argentina, da cuenta de esta particular amalgama que supuso la articulación del proyecto moderno con la cultura clásica. La filiación con un pasado remoto pero prestigioso en el cual se situaban los orígenes del mundo occidental, otorgaba legitimidad al programa de las instituciones bibliotecarias y jerarquizaba los centros urbanos donde ellas se encontraban insertas. La pampa, símbolo de la naturaleza indómita para el relato liberal, aparecía “domesticada” por la arquitectura allí donde el templo –ahora, del conocimiento– imponía su presencia como factor de una civilización sacralizada.

A diferencia de otras regiones de país, como el Litoral, el proceso de ocupación territorial de la provincia de Buenos Aires giró en torno a la fundación de pueblos y su posterior agrupación en partidos llevada adelante por el propio Estado (Williams, 2004) y su distribución en una circunscripción de partidos, de acuerdo a lo establecido por la Ley General de Municipalidades desde 1854. Esto no significó la implantación de una organización estable, uniforme ni regular. Como subrayan Fernando Gandolfi y Eduardo Gentile (2013), tres circunstancias resultaron fundamentales para demarcar zonas de desarrollo diferenciado en la provincia: la federalización de la ciudad de Buenos Aires y, en 1882, la fundación de La Plata para reemplazarla como nueva capital, la definición de los límites político-territoriales luego de la denominada “Campaña al Desierto”³ y el exponencial crecimiento económico nacional que redundó en una dinámica urbana expansiva. De esta manera, a partir de las últimas dos décadas del siglo XIX se delimitaron tres escenarios diversos en la provincia distinguidos tanto por su antigüedad y su relación con los demás centros de poder, como por sus características naturales, económicas, demográficas, sociales y culturales. El primero de ellos, La Plata, flamante nodo administrativo y comercial; el segundo, el conurbano bonaerense, ligado estrechamente a la dinámica porteña; y, finalmente, las ciudades y pequeños poblados rurales del amplio interior provincial. (Graciano, 2012)

Este último sector incluía asentamientos también de distinta envergadura y ascendiente regional. Ciertamente, si bien Bahía Blanca como Coronel Suárez remontan sus orígenes hasta la etapa fortinera que se extendió entre 1820 y 1880 como resultado de la ampliación de la frontera sur, su desarrollo urbano debe ubicarse recién al culminar este período como consecuencia de la dinamización material y demográfica que conllevó el tendido de las líneas ferroviarias y el impulso de la economía agroexportadora. Entre esa fecha y 1914 se constituyó, de hecho, la red urbana bonaerense que, como sostienen Santiago Linares y Guillermo Velázquez, fue “un reflejo de” y “una condición para la división internacional del trabajo”. Su característica distribución con tendencia a la dispersión fue más armónica que en las épocas precedentes ya que conectó a las ciudades-puerto con los puntos de mayor actividad agropecuaria, pero igual supuso cierta concentración poblacional, no solo en Buenos Aires, sino también en aglomeraciones de tamaño intermedio como Avellaneda, La Plata y Bahía Blanca. (Linares y Velázquez, 2012: 365-399) De esta manera, a pesar de formar parte del mismo proceso de urbanización, es preciso señalar que las dos localidades que nos ocupan tuvieron desenvolvimientos particulares y ocuparon posiciones diferenciales en el sistema provincial. La condición de nodo ferroportuario de Bahía Blanca, la convirtió en un centro de referencia para los pueblos de la región sudoeste vinculados fundamentalmente a la producción agropecuaria, como Suárez.⁴ Así lo demuestra la evolución de la demografía urbana de

³ Con la denominación eufemística de “Campaña al Desierto” se conoce en Argentina a la operación militar llevada a cabo en 1879 por el gobierno nacional para expandir las fronteras estatales hacia el sur e incorporar los territorios indígenas a su dominio político y a la explotación productiva capitalista. Ello supuso no solo la expropiación de tierras de los pueblos originarios, sino también el saqueo y la destrucción de estos grupos y su cultura.

⁴ Esta posición hegemónica sobre la región justificó, desde fines del siglo XIX, los proyectos de federalización y de capitalización de Bahía Blanca que la proponía como centro de una nueva provincia que incluía territorios bonaerenses y patagónicos. (Silva y otros, 1972)

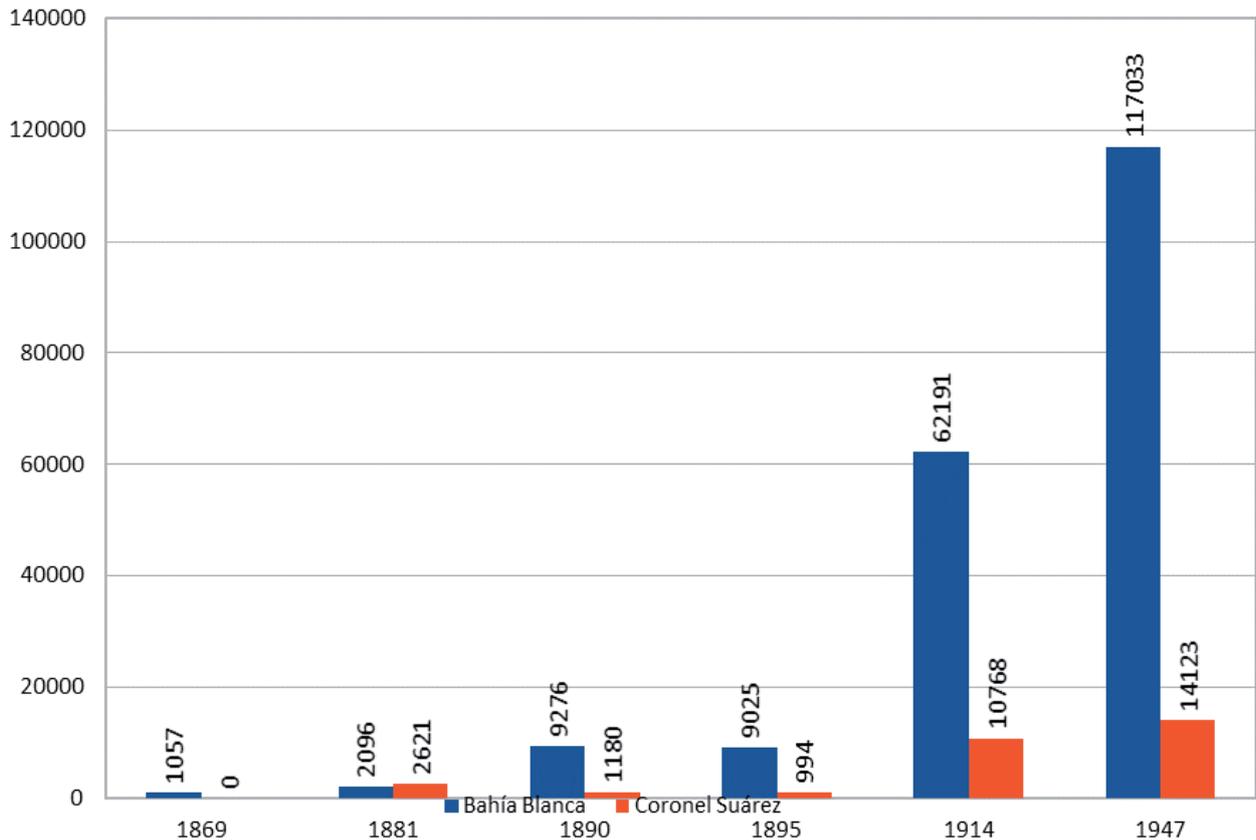


Gráfico 1. Población urbana comparada de los partidos de Bahía Blanca y Coronel Suárez. (Censos Nacionales de Población, 1869, 1895, 1914, 1947)



Ilustración 1. Plano de Bahía Blanca en 1905. recopilado con los últimos datos por C. A. Pronsato y S. Facchinetti. [detalle] La Plata y Buenos Aires : Talleres Gráficos Sesé & Larrañaga. Mapoteca de la Biblioteca Bernardino Rivadavia de Bahía Blanca.



Ilustración 2. Plano de Bahía Blanca en 1905, recopilado con los últimos datos por C. A. Pronsato y S. Facchinetti. [detalle] La Plata y Buenos Aires : Talleres Gráficos Sesé & Larrañaga. Mapoteca de la Biblioteca Bernardino Rivadavia de Bahía Blanca.



Ilustración 3. Primera cuadra de la calle Alsina frente a la Plaza Rivadavia. En la imagen el Palacio Municipal (1910) y el antiguo Banco Provincia (c. 1913). c. 1920. Gentileza del Archivo Histórico Municipal de Bahía Blanca.

ambos partidos [Gráfico 1], deudora en gran medida de la amplia afluencia inmigratoria llegada de ultramar durante esos años como respuesta al estímulo oficial.

Más allá de estas distinciones, existieron semejanzas en la configuración de ambos emplazamientos, explicables tanto por la herencia del trazado hispánico como por la delimitación del sistema ferroviario y la concepción del espacio y de la edificación públicas. En este sentido, la tradicional retícula ortogonal organizada a partir de una plaza principal en torno a la cual se disponían las construcciones institucionales más representativas el poder estatal y privado, se combinó en los centros pampeanos con los límites impuestos por los rieles que actuaron durante largo tiempo como auténticas barreras de crecimiento. Como afirma Alejandra Saus (2019), en estos espacios provincianos la grilla debe pensarse en asociación directa con el ferrocarril, tanto por el peso que en ellos asumieron los sectores particulares vinculados al desarrollo económico como por su alejamiento geográfico del gobierno central.

En el caso de Bahía Blanca, la organización espacial fue el resultado de un largo proceso que se inició en a fines de la década de 1820 y con la ocupación del territorio circundante de la Fortaleza Argentina, principalmente con dirección noreste hacia las proximidades del arroyo Napostá. La demolición del fuerte en 1873 hizo posible la ocupación de ese sector mediante la estructuración en manzanas, no necesariamente regulares, y la apertura de las calles. Hacia 1884, la inauguración del ferrocarril introduciría modificaciones, tanto en la trama urbana como en la estructura socio-económica de la localidad, que en 1895 sería declarada ciudad. Así, como indica Graciela Viñuales (1990), mientras la presencia de las estaciones de ferrocarril impulsó el crecimiento hacia otras direcciones ligadas al comercio y a la provisión de servicios, el recorrido de las vías funcionó como límite para la expansión bahiense. La plaza Bernardino Rivadavia, situada en lo que había sido uno de los márgenes del fortín, se convirtió en núcleo del casco histórico y en punto de partida de los principales ejes del entramado urbano: la calle San Martín, de carácter mercantil, que la conectaba con la Estación Sud y la Avenida Colón que conducía al puerto comercial de Ingeniero White. [Ilustración 1] Durante las primeras tres décadas del siglo, en torno a ella se fueron ubicando los edificios más representativos del poder político, económico y religioso: el Palacio Municipal, los Tribunales, la Aduana, los bancos públicos y privados, la sede del diario La Nueva Provincia y la Catedral.⁵ [Ilustración 3] En las inmediaciones se establecieron también la oficina de Correos y Telégrafos, el Colegio Nacional y la Escuela Centenario; más alejado y articulando la plaza con el paseo de la Avenida Alem y el Parque Municipal –para entonces, de Mayo–, se localizó en 1913 el Teatro Municipal. [Ilustración 2]

De esta manera, Bahía Blanca fue adquiriendo una nueva fisonomía acorde con sus proyecciones de modernidad y en consonancia con los diferentes lineamientos arquitectónicos de los centros europeos y latinoamericanos. Los ensayos modernistas, neocoloniales o racionalistas, presentes, sobre todo, en la edificación comercial y en la vivienda privada a partir de la década de 1920, se combinaron con el eclecticismo académico de corte historicista que predominó en el casco

5 Al respecto de cada uno de estos edificios, puede consultarse Viñuales y Zingoni (1990).



Ilustración 4. Plano catastral del Partido de Coronel Suárez. c. 1920. [detalle] Buenos Aires: Gregorio Edelberg. Mapoteca de la Biblioteca Nacional de la República Argentina.

histórico ligado a funciones representativas, así como al modelo francés que se reafirmó en el diseño de los espacios verdes.⁶ Identificado con la civilización, con el saber y con la ciudadanía republicana, este fue también el lenguaje escogido para erigir las casas sociales de instituciones privadas, como el Club Argentino y la Biblioteca Bernardino Rivadavia, que ocuparon sendos predios en el “boulevard” Colón a pocos metros de la plaza.

6 Como señala Jorge Liernur (2001), durante el período comprendido entre 1880 y 1930 no existió una representación homogénea y consensuada de las “formas modernas”, sino que se recurrió al repertorio del pasado para reconsiderar las ideas tradicionales haciéndose cargo de las nuevas maneras de entender el mundo. Lejos de la uniformidad estilística, lo que otorgó coherencia y organicidad al período fue la instalación del proceso de modernización y el despliegue de dicho proceso en la construcción del habitar urbano.



Ilustración 5. Plaza San Martín de Coronel Suárez, 1928. ("Coronel Suárez...", 1928: 316)

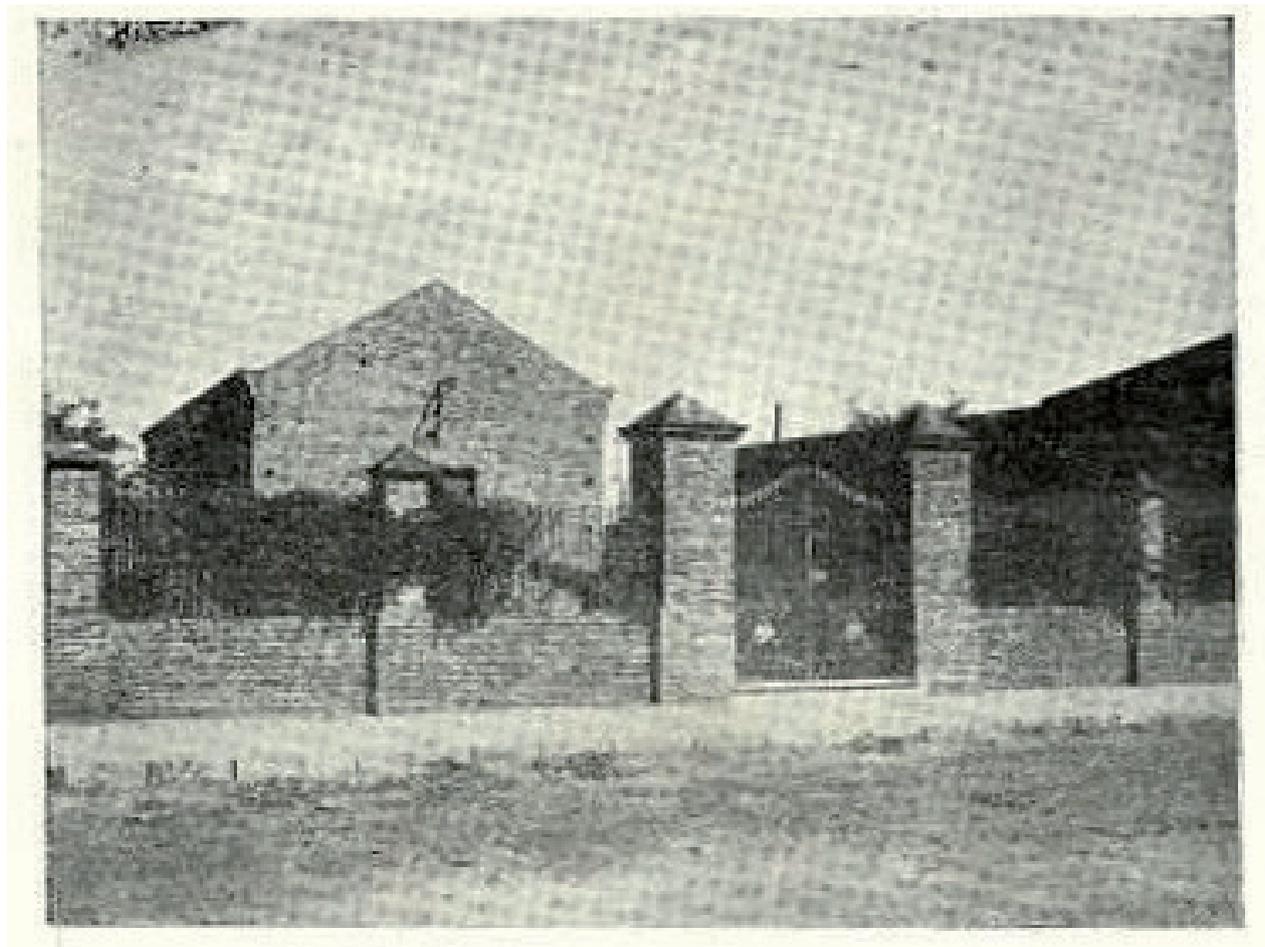


Ilustración 6. Edificio de la Logia Abnegación de Coronel Suárez. (Álbum Centenario..., 1910: s/p)

Por su parte, Coronel Suárez, que sería declarada ciudad recién en 1934, tuvo un desarrollo espacial inorgánico que siguió el patrón típico de amanzanamiento en damero pero adecuándose a la configuración impuesta por el sistema ferroviario. [Ilustración 4] La llegada del ferrocarril a partir de 1884-inauguración del ramal Olavarría-Bahía Blanca del Ferrocarril Sud- fue un factor fundamental para la conformación de la estructura urbana: el recorrido de la red férrea introdujo dos ejes Norte-Sur y Este-Oeste que definieron la dinámica de crecimiento de la población y las estaciones se transformaron en nodos vertebradores del entramado.⁷ En 1889 Adriano Díaz fue el encargado de la formalización del trazado cuya aprobación se concretó en junio de ese mismo año. El casco histórico se organizó en torno a la Plaza San Martín, frente a la cual se encontraba la Manzana fundacional con tres de sus principales edificios: el Palacio Municipal, la Escuela nº 1 “Domingo Faustino Sarmiento” y la Iglesia Nuestra Señora del Carmen. [Ilustración 5] También se ubicaban a su alrededor los bancos de la Provincia y de la Nación, así como los inmuebles de la Sociedad Alemana y del Cine Teatro Cervantes de la Sociedad Española. A diferencia de estas construcciones caracterizadas por su perfil historicista, el edificio que hacia fines de los años 20 ocuparía la Biblioteca Sarmiento y que a principios de siglo pertenecía a la Logia masónica Abnegación, presentaba una estructura simple de ladrillo visto con techo a dos aguas y un amplio jardín delantero separado por una cerca del mismo material. [Ilustración 6] Situado a poco más de una cuadra de la plaza sobre la calle Sarmiento, el edificio, una vez remodelado de acuerdo a los criterios de la comisión directiva de la biblioteca, se integró mediante una reformulación neoclásica de su fachada al planteo arquitectónico del centro cívico. [Ilustraciones 8 y 9]

Por supuesto, esta configuración urbana no fue prerrogativa de las localidades del sudoeste pampeano sino que formó parte de tendencias más amplias del pensamiento y de las prácticas arquitectónicas de la época. En ese contexto, la dimensión constructiva adquirió una doble función como marca de la modernidad y de la pujanza de los poblados y como factor de moralización y educación social de acuerdo a los parámetros de la civilización europea. Las edificaciones no respondían a un programa urbanístico integral previsto con anterioridad, sino que constituían intervenciones puntuales llevadas adelante por agentes del sector público o privado que compartían ciertas representaciones sobre la orientación que debía asumir la sociedad argentina y el rol que en ella cabría a las instituciones. La forma arquitectónica había acentuado, de hecho, durante el siglo XIX su función referencial para aludir a conceptos culturales abstractos –como la Libertad, la Democracia, la Belleza– convirtiéndose así en un signo cuya intención principal era “predicar un mensaje que sólo se comunica completamente con la reproducción fiel del modelo histórico” (Iglesia, 1979: 52) y, ligado a él, ciertos valores que el usuario debía admirar y practicar.

El centro urbano era el espacio privilegiado de la representación: la “ciudad ideal”, como la denomina Jorge Liernur (2001), reservada a la intervención pública donde se escenificaba el Estado y la ciudadanía. La periferia era, por el contrario, organizada en función del crecimiento urbano y de la lógica del mercado. Al igual que en otras ciudades de mayor envergadura, como 7 Fitipaldi, Gernaldi y González (2013) señalan tres períodos de expansión urbana en Coronel Suárez: el primero comprende la transformación del fortín en un pueblo territorial (1871-1907), el segundo caracterizado por la presencia del ferrocarril como factor de organización espacial (1907-1962) y el tercero ligado al desarrollo industrial (1962-2010).

Buenos Aires y Rosario, esta distribución consolidaba una relación desigual al interior del núcleo urbano que se sostuvo como dirección dominante durante todo el período considerado.⁸ Las intervenciones historicistas no fueron, sin embargo, exclusividad de las obras gubernamentales; aquellas instituciones que encuadraban sus fines en el proyecto de la modernidad y adquirían, por lo tanto, una proyección pública se apropiaron también del lenguaje academicista del neoclasicismo para visibilizar los principios sobre los cuales se asentaba su accionar. Las bibliotecas populares, creadas y sostenidas por agrupaciones de la sociedad civil, aparecían estrechamente enlazadas al programa educativo oficial a partir de su función social de difusión de la lectura y de promoción de la cultura letrada en general. La nobleza adjudicada a su tarea y la sacralidad que rodeaba al libro debían traducirse, así, en su aspecto arquitectónico que la volvía un hito monumental de la escena urbana.⁹

TEMPLOS DEL SABER EN EL INTERIOR BONAERENSE

No debo empuñar la Lira para cantar loas a esta casa que es el Templo del Saber. Pobre sería mi canto en el Templo cuando en él flota el espíritu de los poetas y literatos, músicos, pintores y hombres de ciencia en todas sus diversas manifestaciones que en transcurso de los siglos han sumado sus ansias y experiencias, plasmando la imponente grandeza de la civilización de los tiempos presentes. ("Fue un simpático...", 16/08/1930: 8)¹⁰

Si la cuestión de contar con un espacio de funcionamiento fue una preocupación para toda asociación civil que se constituyera como tal, en el caso de aquellas cuyo principal objetivo era el sostenimiento de una biblioteca ese deseo se manifestaba como una condición de existencia originada en la necesidad de albergar las colecciones bibliográficas. Durante sus primeras décadas de vida, las bibliotecas Rivadavia y Sarmiento se caracterizaron por una movilidad espacial que confabulaba contra la regularidad de sus actividades y contra la ampliación y conservación de su patrimonio. Sostenidas eminentemente por los aportes societarios, estas instituciones encontraban serias dificultades para afrontar la adquisición de un inmueble adecuado a sus requisitos y dependieron para ello, en gran medida, de las donaciones efectuadas por organismos públicos o por individuos con vocación filantrópica.

Su historia hasta fines de la década de 1920, fue esencialmente una historia de desplazamientos. La entidad bahiense comenzó, de hecho, atendiendo en la casa municipal junto a la tesorería y a la secretaría del Consejo Escolar. Ya en noviembre de 1882, la exigencia de un espacio más amplio motivó su primer traslado a una pieza construida sobre un terreno de Daniel Cerri –uno de sus

⁸ Sobre la diferenciación sobre centro y periferia en la trama urbana bahiense en relación al funcionamiento de la institución bibliotecaria, véase Agesta (2016).

⁹ De acuerdo a Alfonso Muñoz Cosme (2004: 157-158), esta dimensión representativa de la arquitectura bibliotecaria se correspondió con las transformaciones producidas luego de la Revolución Industrial en Europa. En ese contexto de laicización, las bibliotecas –antes privadas– pasaron a ser “instituciones públicas, organizadas y financiadas por el Estado para el servicio de los ciudadanos”. Su apertura las convirtió en piezas clave del proceso de instrucción pública y, como tales, se erigieron en auténticos monumentos que reclamaron su lugar entre las obras arquitectónicas que conformaban la metrópoli decimonónica en expansión.

¹⁰ Discurso de Francisco Cervini, presidente de la Asociación Bernardino Rivadavia, en la inauguración del nuevo edificio.

fundadores— quien se la cedió en alquiler por un módico precio. El segundo se efectuó en 1885 a un salón de calle Sarmiento n. 13 cuya renta era de veinticinco pesos mensuales y el tercero a uno de la calle O’Higgins por el cual se pagaba una mensualidad de veintiocho pesos. Paralelamente, se habían iniciado gestiones ante distintas instancias gubernamentales para obtener la cesión de un terreno donde erigir la casa propia. Luego de varias vicisitudes, la Municipalidad en 1887 donó una manzana en el camino a la localidad portuaria vecina de Ingeniero White para que con el importe de su venta se comprara un predio en el centro. Dado que esto no pudo concretarse, en 1890 el mismo gobierno comunal le cedió un nuevo terreno de 10 m x 50 m en la calle Moreno sobre el que se construyó un edificio donde funcionó la biblioteca hasta 1930. En esta última fecha se produjo su última mudanza a la sede definitiva de Avenida Colón n. 31 que había sido erigida gracias a la concurrencia de recursos de varias fuentes: las tierras cedidas por el gobierno nacional, la suma de dinero para la edificación obtenida de la herencia de uno de sus fundadores, Luis Caronti,¹¹ y los subsidios nacionales y provinciales que hicieron posible el amoblamiento. (García, 1935)

La situación de la entidad suarence fue aún más precaria. Los siete jóvenes iniciadores dieron comienzo a sus actividades en un recinto de la Sociedad Israelita (Garibaldi n. 93), a la cual pertenecían algunos de ellos y donde contaban, como relata Héctor Dos Santos, con “una única mesa, cuatro o cinco bancos, una lámpara kerosene y algunos libros prestados y no pocos donados”. (Dos Santos, 2004: 863) De allí, pasaron a ocupar otros locales alquilados, primero en el Boulevard Alsina, luego otro en la calle Mitre y, por último, un tercero próximo a la esquina de Mitre y Villegas. A pesar de haberse empezado a recolectar fondos para la futura construcción de la “casa propia”, sería recién en 1927 que esta aspiración se concretaría cuando la recientemente disuelta Logia Masónica “Abnegación” donara su sede a la Municipalidad con la condición de que se destinara a una obra de bien público.¹² Solicitada por la Comisión Directiva al intendente Miguel Palenzona, la propiedad fue ocupada por la biblioteca en abril de 1928.¹³ Aunque la entrega fue gratuita, el

11 Luis C. Caronti nació el 9 de septiembre de 1858 en Bahía Blanca, donde su padre, Felipe, actuaba como jefe interino de la Legión Agrícola Militar, teniendo una importante actividad pública. Su madre, Adela Casati, fue asimismo una figura destacada del ambiente social y cultural de la localidad en la cual se desempeñó como inspectora de la escuela de niñas. Militar él también, Luis continuó los lineamientos familiares en varios aspectos: como su progenitor fue miembro activo de la masonería y ferviente republicano; como Adela, sostuvo una intensa participación en los asuntos culturales de Bahía Blanca e incursionó en la Historia, la Literatura y el periodismo. Ocupó, además, desde los 17 años, distintos cargos políticos en representación de las fuerzas conservadoras: fue secretario municipal (1875), Intendente (1887), Diputado provincial (1887-1898). Luego de su fallecimiento, el 2 de septiembre de 1917, sus bienes fueron divididos en partes iguales según sus deseos entre el Hospital Municipal y la Asociación Bernardino Rivadavia, de la cual había sido miembro fundador y con la que había mantenido una estrecha relación durante toda su vida. (Crespi Valls, 1954)

12 Como enunció Miguel Etchaniz, secretario de la Logia “Abnegación” con motivo de la entrega del mueble donado a la Biblioteca por dicha institución: “La Logia “Abnegación” tiene el deber dentro de sus medios posibles, de destinar sus fondos en el bien de la educación y prosperidad de la ciencia humana y como ese centro se ha fundado en esos principios y por los esfuerzos de sus componentes, ha prosperado a la altura que hoy se encuentra, hemos destinado ese mueble para la conservación de los ejemplares de esa Biblioteca con el fin de perpetuar la memoria del gran hombre Estado”. (“Al margen del acto...”, 08/02/1928: 5)

13 No obstante haberse ocupado efectivamente, la cesión del edificio fue realizada con carácter precario en tanto la Municipalidad no contaba con los títulos de la propiedad. Todavía en la reunión de comisión directiva de junio de 1929, los miembros a cargo informaron que, luego de entrevistarse con el nuevo intendente y asesorarse sobre la posibilidad de obtener constancia de la cesión hecha de manera verbal, no poseían la documentación necesaria, razón por la cual “no puede definirse el tiempo más ó menos largo que la Biblioteca pueda disponer del local”. (“Acta n° 385”, 13/06/1929: 98). Resulta significativo que en los documentos catastrales la fecha efectiva de transferencia del

capital recaudado con anterioridad debió utilizarse para refaccionar y ornamentar el edificio de acuerdo a las necesidades prácticas y simbólicas de su nueva ocupante. El exterior de ladrillo visto fue cubierto con un revoque que, aprovechando su apariencia trilitica, le otorgó la fisonomía de un templo griego, y la sala principal fue acondicionada con mesas de lectura, estanterías, objetos didácticos y obras de arte adecuados a sus fines y a los requerimientos del público. A diferencia de lo sucedido en la Biblioteca Rivadavia, aquí las limitaciones del caudal económico disponible y la preexistencia de la construcción, condicionaron fuertemente el diseño y la distribución de los espacios. Aun así, el modelo clásico fue escogido como lenguaje arquitectónico adecuado a la imagen pública que la biblioteca quería construir de sí. Como había afirmado Jean-Nicolas-Louis Durand (1825), profesor de l'École Polytechnique napoleónica y autoridad indiscutible de la escuela académica francesa, la biblioteca era a la vez un tesoro público y un templo que debía transmitir los sentimientos de seguridad y calma y, por ello, el neoclasicismo se presentaba como la opción más ajustada a su carácter: el templo griego era la tipología que evocaba de manera más cabal "las ideas asociadas de democracia, filosofía, clasicismo, etc., del mismo modo que las formas romanas debían predicar austeridad republicana, virtud cívica, o grandeza imperial". (Iglesia, 1979: 51)¹⁴

Los procesos constructivos que encararon ambas instituciones fueron, empero, muy diferentes, tanto por sus dimensiones como por los procedimientos de elección de los proyectos que finalmente se llevaron a cabo. En efecto, por el hecho de tratarse del levantamiento "del primer edificio proyectado especialmente para Biblioteca en nuestra República", ("Biblioteca Bernardino Rivadavia...", 06/1931: 288) la tarea adquirió para la Comisión Directiva de la Rivadavia la trascendencia que le otorgaba el saberse pioneros y probables referentes en el diseño tipológico a nivel nacional. Los mecanismos de selección implementados fueron, por lo tanto, también modernos, ya que se realizaron a través de un concurso público de anteproyectos anónimos convocado en la prensa bahiense y porteña en 1927. Se fijaron las sumas de \$1000 y \$500 para el primero y el segundo premio, respectivamente, y se estableció el 28 de febrero como fecha final de entrega. El dictamen del jurado se conocería el 15 de marzo. El concurso estaba destinado "todos los profesionales, arquitectos o ingenieros civiles con título de facultad nacional o de reválida extendidos por las mismas que desearan concurrir" y sus bases incluían diez artículos que estipulaban las medidas del terreno, las dependencias requeridas, el monto máximo disponible (\$180.000 m/n, "siendo esta condición esencial que influirá en el discernimiento del premio"), los requisitos de la presentación, los premios y las formas de evaluación y recompensa. En líneas generales, se indicaba que "la construcción deberá ser sencilla sin sacrificar la estética, y confortable, obteniendo en lo posible el maximun [sic] de comodidad por el minimun [sic] de costo". Los

dominio aparece consignada el 14 de septiembre de 1984 (Decreto nº 9937) y la Ordenanza nº 1771 que lo resolvió se encuentra datada el 27 de mayo de 1983. Circunscripción I, Sección A, Manz. 46, Parcela 3. Ficha de Catastro Parcelario Urbano de la Municipalidad de Coronel Suárez.

14 No se han encontrado estudios que exploren en profundidad la influencia de Durand específicamente sobre la construcción de edificios bibliotecarios en la Argentina. De todas maneras, puede aventurarse que el edificio de la Biblioteca Rivadavia respondía a los principios de agrupación y combinación de elementos sobre tramas geométricas simples (Moneo, 1981) que había caracterizado su método.

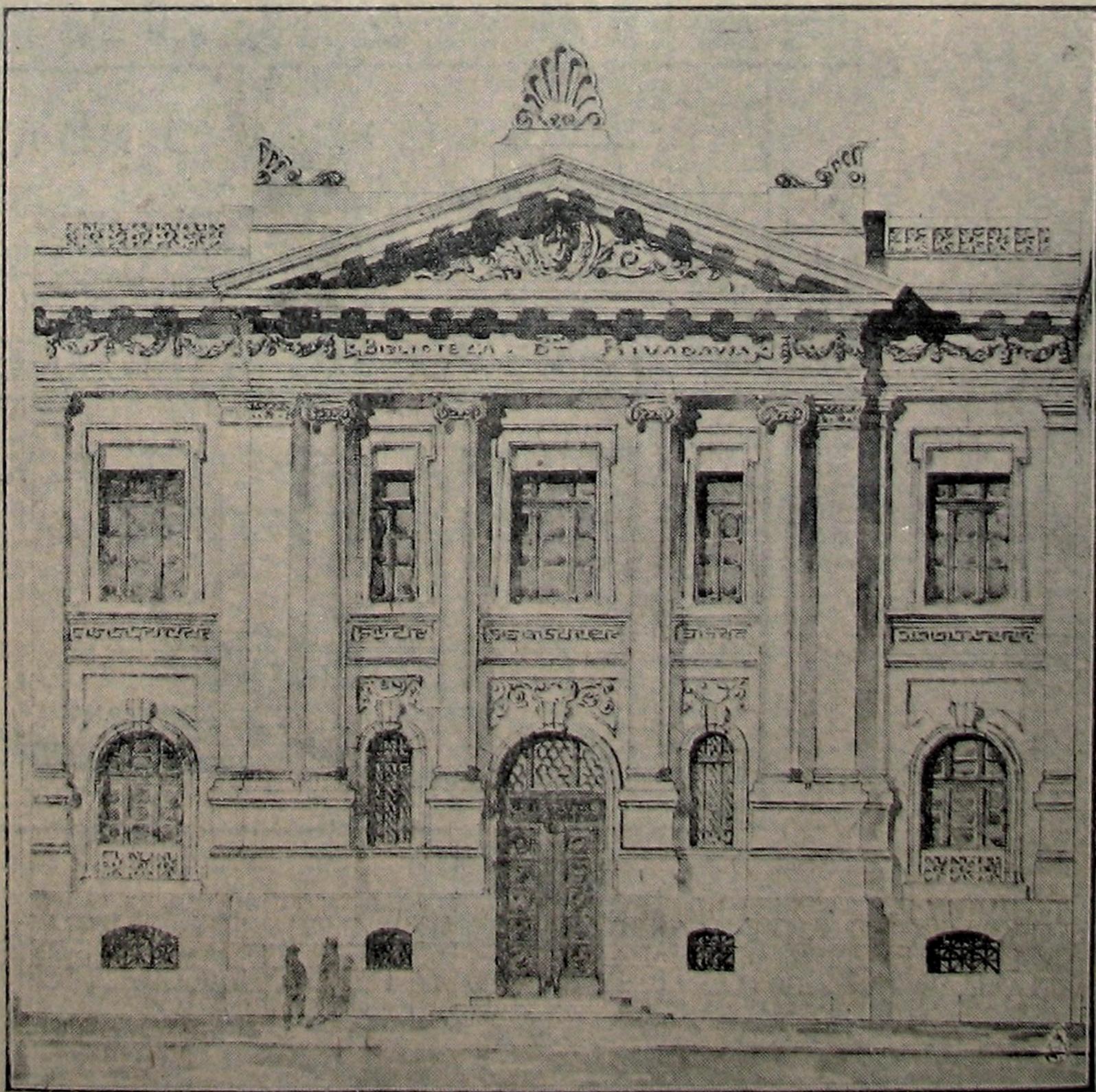


Ilustración 7. Diseño de la fachada del nuevo edificio. ("La Asociación Bernardino Rivadavia, 01/01/1928: 13)

concursantes podrían presentar, bajo diferentes seudónimos, uno o más proyectos conteniendo los planos (planta de los distintos pisos a escala 1/100, fachada, cortes necesarios) hecho a una sola tinta y una memoria general descriptiva "de los elementos constitutivos de la construcción, de la correlación del funcionamiento, de las dependencias y una estimación de su valor de costo global, con cómputo métrico con precios unitarios que ofrezca todos los detalles necesarios para apreciar el valor de la obra". La distribución de las dependencias y el estilo arquitectónico de la fachada y los interiores quedaban librados a las preferencias de los proponentes. Una vez seleccionados por un jurado compuesto por tres miembros de la Comisión Directiva y dos técnicos ingenieros o

arquitectos designados a tal efecto, los anteproyectos premiados pasarían a ser propiedad de la Asociación que podría utilizarlos a su conveniencia.

El 30 de marzo, fecha en que finalmente se cerró el concurso, se contabilizaron once trabajos presentados con sus memorias respectivas y un total de treinta y tres planos que pasaron a evaluación del comité integrado por Francisco Cervini, Roberto Clegg y Jaime Irazoqui, en nombre de la biblioteca, y los ingenieros Pedro Cassou y Francisco Seijóo, en calidad de especialistas externos venidos de Buenos Aires. Como bien han precisado varios autores, (Villalobos y Bevilacqua, 2009; Minervino, 2014) luego de una semana de deliberaciones el jurado dio a conocer su dictamen según el cual el concurso se declaraba desierto por no haber ningún proyecto que se ajustara “al espíritu del pliego” en cuanto al fácil control y administración económica de la Biblioteca y que presentara, a la vez, una “fachada adecuada”, ni ninguno que respetara los límites pecuniarios fijados con anterioridad. No obstante, la decisión de los evaluadores fue otorgar tres premios secundarios equivalentes entre sí –a Nativo, Sarmiento y Agathaura– y dos menciones –a Izarra y Lavalle– a cuyos autores incitaron a mejorar sus propuestas. Es interesante prestar atención a las críticas realizadas a los anteproyectos rechazados, las cuales atañían principalmente a cuatro cuestiones: problemas en la distribución espacial de las dependencias o en los tamaños asignados para cada una de ellas; costos excesivos; deficiencias en la iluminación; elecciones estéticas “desacertadas” para la fachada. En síntesis, se esperaba que los proyectos cumplieran tanto con criterios funcionales y económicos como simbólicos, creando, de este modo, un espacio adecuado a las necesidades de la institución pero también un aspecto que hiciera visible en términos arquitectónicos la jerarquía que ella ocupaba en el ámbito cultural de Bahía Blanca y que se integrara con los demás edificios que poblaban los alrededores de la plaza.

La nueva convocatoria enunciaba explícitamente que debía tenerse en cuenta, como base fundamental, “que se trataba de construir un edificio destinado en primer término al funcionamiento de una Biblioteca pública” que incluyera, además de las dependencias necesarias para ella, otras salas destinadas al resto de las actividades administrativas y culturales que se llevaran a cabo en la institución. De acuerdo con esto, los nuevos proyectos priorizaron, incluso desde sus nombres –Bahíense, Agata y Eureka–, la impronta clasicista y su articulación con el medio local. El primero de ellos, perteneciente a Ernesto Guiraud, fue elegido como ganador “por ajustarse mejor a las nuevas bases a que debieron ceñirse y la mejor distribución de las salas y habitaciones dentro de los respectivos pisos”, pero con la salvedad que no “les había satisfecho en cuanto al estilo arquitectónico”. Por esta razón, el arquitecto fue citado ante la Comisión a fin de acordar con ella las modificaciones necesarias para incluirlas en la versión definitiva. [Ilustración 7] El diseño de la sede-que, además, fue modificado durante la construcción– no puede considerarse, entonces, solo como el resultado de una creación individual sino, más bien, como el producto de la interacción entre la voluntad del arquitecto y la de los comitentes, concretado tanto en el reglamento del concurso como en las negociaciones posteriores a la elección del proyecto.

También su efectiva ejecución supuso otra de licitación entre diferentes empresas constructoras resuelta por una nueva comisión formada por Guiraud, los miembros de la Comisión Directiva



Ilustraciones 8 y 9.

El nuevo edificio de la Biblioteca Sarmiento, s/f. Gentileza del Centro de Investigaciones históricas de la Municipalidad de Coronel Suárez.

Cervini, Clegg e Irazoqui, el ingeniero Adalberto Pagano y el constructor Víctor R. Maronna. A partir de las once propuestas recibidas, la comisión optó por la de Justo J. Querel por ser una de las más económicas y firmó con él un contrato que dio comienzo a las obras cuya finalización se produjo recién en 1930. Los más de dos años comprendidos entre diciembre de 1927 y esa fecha, fueron de intensa labor constructiva y administrativa por parte de la Asociación que debió enfrentarse a numerosas dificultades en sus tratativas con el constructor y el director de obra.¹⁵ Más allá de

¹⁵ En un primer momento, los conflictos tuvieron como eje el incumplimiento por parte de Querel de una de las cláusulas del contrato de construcción, según la cual debía efectuar un depósito garantía antes del comienzo de la obra. Luego, se enfocaron en las relaciones de este y Guiraud con Víctor Maronna, constructor que integraba la comisión de control, quien, según Querel, le manifestaba un encono personal. Por último, se centraron en el continuo pedido de anticipos que alteraban las condiciones de pago establecidas en el contrato y en el atraso en los plazos de entrega fijados para los trabajos. Esta situación llevó, finalmente, a la modificación de las cláusulas originales el 14 de diciembre de 1929. ("Acta de la Novena reunión extraordinaria", 14/12/1929: 99-100) A estas dificultades se sumaron los atrasos impuestos por las huelgas de constructores que tuvieron lugar durante el período.

las vicisitudes que no pretendemos reconstruir aquí, es interesante notar que su seguimiento permite vislumbrar, por un lado, las tensiones entre profesionales y comitentes –sobre todo, manifestadas en la interacción con la Comisión de Control designada por la biblioteca–, y, por el otro, la complejidad de la obra ligada a la creciente especialización y diversificación de funciones del sector.

Aunque con algunas modificaciones respecto del proyecto original en cuanto a su aspecto y a sus materiales,¹⁶ el edificio fue inaugurado en agosto de 1930. Como sostienen Laura Villalobos y Flavio Bevilacqua (2011), un historicismo mediado por la academia francesa dieciochesca marcó su carácter estilístico. La búsqueda de simetría y regularidad, la preferencia por la geometría, la utilización de elementos clásicos –columnas jónicas, friso y frontis; guirnaldas, palmetas y figuras alegóricas¹⁷– y la decoración con temas de la arquitectura renacentista se correspondían con un neoclasicismo permeado, sin embargo, por cierta sensibilidad romántica que acentuaba sus contenidos pedagógicos. Así lo señaló oportunamente La Nueva Provincia en 1930, al decir:

si hoy se instala en un hermoso y amplio edificio y ofrece sus espaciosas y cómodas salas para que a ellas acudan todos los que sientan la sed del saber, es porque este pueblo es digno de ese monumento que sin íconos, sin símbolos ideográficos, sin signos délficos, representa la civilización cimentada en la cultura que es educación, virtudes, civismo y democracia orgánica. El nombre grabado en el frontispicio, que es el del más talentoso héroe civil argentino y artífice de nuestra nacionalidad, presta a la casa el sereno esplendor de su vigorosa mentalidad y de su pasión del bien, la libertad, el trabajo y la justicia, ideales todos que observan en la historia las ciencias y las artes, de las que son templo las bibliotecas. (“El nuevo edificio...”, 15/08/1930: 8)

Las formas del pasado occidental y de los valores representados por esa tradición se enlazaban aquí visualmente con la historia y los “héroes” nacionales, articulándolos en un mismo relato civilizatorio que tenía sus fundamentos en el desarrollo del pensamiento encarnado en la institución bibliotecaria. La sacralidad del libro justificaba la elección del templo como tipología constructiva y el sentido ascensional que suponía el acceso a él se concretaba en la amplia escalinata central que conducía al interior del edificio.

La Biblioteca Sarmiento de Suárez, aunque desde el punto de vista estilístico y simbólico presentó similitudes con el proyecto bahiense, fue el resultado de un proceso constructivo más sencillo y breve. Como señalamos con anterioridad, esto se debió, principalmente, a la escasez presupuestaria y a la necesidad de adecuarse a una obra preexistente, tanto como al número más limitado de

16 La estructura de hierro fue reemplazada por otra de hormigón armado por sugerencia de Querel y la fachada se simplificó en función del presupuesto disponible.

17 La cabeza de Minerva, tópico de la decoración bibliotecaria desde la antigüedad, había sido realizada por el escultor Giuseppe Vasco Vian. Nacido en Mogliano (Veneto) el 1 de abril de 1895, Vian ingresó, en 1913, a la Real Academia de Bellas Artes de Venecia. Sin embargo, al inicio de la Primera Guerra Mundial debió enlistarse. Luego del conflicto, retornó a su trabajo de escultor, realizando monumentos funerarios, esculturas para iglesias y obras de carácter profano. Republicano y mazziniano convencido, ante la presencia de Mussolini en el poder, decidió exiliarse en la Argentina. Fue así como para 1925 lo hallamos trabajando en Tres Arroyos, donde luego se empleó para el ingeniero F. Marseillán quien lo invitó a presentarse al concurso para un futuro monumento dedicado a Garibaldi que fue inaugurado en Bahía Blanca en 1928. En esta ciudad, integró la logia masónica Estrella Polar n. 3. (“Vian Giuseppe Vasco...”, 30/09/192: 14)

socios y volúmenes que integraban esta institución y que, por lo tanto, reducían sus requerimientos funcionales. La primera percepción de la Comisión Directiva fue que resultaba imperioso adecuar la forma exterior de la propiedad a la dignidad de la nueva función que estaba destinada a cumplir. En concordancia con ello se resolvió utilizar los fondos pro-casa propia reunidos hasta el momento gracias a la donación de los socios y a lo recaudado en conferencias y eventos culturales para la remodelación del edificio. El día 15 de abril de 1928 se aceptó un proyecto para un frontispicio presentado por los constructores José Bevacqua y Juan Lattanzi, ambos miembros de la CD de la biblioteca. Su propuesta consistía en la erección de un frontis dórico separado del edificio existente y unido a él por un peristilo. Este frontis, el friso y el cornisamento serían sostenidos por cuatro columnas y toda la construcción rodeada por gradas en concordancia con el estilo integral del frente. El costo completo de la obra fue estimado en \$6000, un monto considerablemente mayor a los poco más de \$2000 de saldo que arrojaba el balance del primer semestre de 1927. Por este motivo y a pesar de que los autores cedieron los planos gratuitamente, la obra tardó en comenzarse y su resultado difirió del original que se realizó tan solo de manera parcial: en lugar de las columnas planificadas se ornamentó la fachada con cuatro pilastras sobre las que se ubicó un friso donde se alternaban triglifos y angostas metopas y un sencillo frontón realizado por cornisas. De esta manera, una vez más se optaba por la estructura del templo griego, al que se le sumaba la direccionalidad y la elevación de la arquitectura romana. Esta fachada, cuya finalización se extendió hasta los años cuarenta, (Dos Santos, 2004) fue acompañada, además, por la refacción de la cerca exterior, la colocación de un cartel indicativo –que marcaba el cambio cualitativo del ámbito urbano a la esfera bibliotecaria, aun antes de ingresar a la institución propiamente dicha– y la construcción de una vereda con las baldosas donadas por el Municipio.

La existencia de un modelo estético compartido basado en concepciones comunes sobre el saber y la cultura libresca, no ocultaba las importantes divergencias entre los procedimientos de ejecución y el planeamiento de ambas obras que se fundaban tanto sobre las autorrepresentaciones que los miembros de las respectivas CD tenían de sus localidades, como sobre el desarrollo diferencial que había tenido cada una de ellas durante las primeras décadas del siglo. Así, la organización de una instancia anónima, sometida al arbitrio de un jurado competente y limitada a profesionales elegida por la entidad bahiense fue una marca de modernidad que daba cuenta del proceso de conformación de un campo del conocimiento específico (Liernur, 2001). Ernesto Guiraud,¹⁸ oriundo de Bahía Blanca pero radicado en la capital, era un arquitecto de ascendencia francesa que, debido a su formación en la Universidad de Buenos Aires y a su experiencia europea, se hallaba estrechamente ligado al lenguaje academicista de *l'École de Beaux Arts* de París. De allí provenían su atención al sistema compositivo, las relaciones proporcionales, la definición del

18 Ernesto Guiraud nació en 1888 en Bahía Blanca. Su padre, Eduardo Osmin David, oriundo de la ciudad francesa de Mazamet, se trasladó a la Argentina y se instaló en Bahía Blanca donde se desempeñó como representante y comprador de lanas. Allí, conoció a su esposa, María Bordelois, también de ascendencia francesa, con quien tuvo tres hijos. Ernesto obtuvo su título en 1912 en la Escuela de Arquitectura de la Universidad de Buenos Aires. Entre 1913 y 1914 realizó un viaje a Europa durante el cual estudió y trabajó en Francia. Habiendo establecido su primer estudio en Bahía Blanca, se trasladó luego a Buenos Aires donde residió hasta su muerte en 1971. Proyectó y dirigió 82 obras en la Capital Federal, 15 en su ciudad natal, 2 en Mar del Plata y 5 estancias en zonas rurales. (*Inventario arquitectónico patrimonial*, 1998)

carácter y el dominio de la sintaxis clásica entendidos como elementos de un estilo con vocación universalista.¹⁹ Juan Lattanzi y José Bevacqua,²⁰ por el contrario, eran constructores de origen inmigrante sin formación superior específica. Se trataba de “idóneos”, como los llama José F. Liernur, cuyos saberes provenían de la experiencia laboral. Lattanzi, italiano establecido en Azul y luego en Coronel Suárez, había comenzado en esta última su actividad en asociación con Francisco Dambre, para después continuarla por su cuenta como “maestro frentista”. Héctor Dos Santos (2004) precisa, sin embargo, que su labor abarcaba desde el diseño y dibujo de los planos hasta la ornamentación con tallas, molduras, vitrales y piezas de carpintería. Su obra, vasta y variada, se extendió por la localidad y por su entorno rural, incluyendo viviendas particulares, cascos de estancia, consultorios, comercios e, incluso, lápidas y bóvedas en el cementerio suarence. José Bevacqua, por su parte, era hijo de Cayetano, constructor de prestigio en la localidad quien, en 1900, había tenido a su cargo la edificación de la Iglesia Nuestra Señora del Carmen y en 1909 había comenzado la del Palacio Municipal. José quedó a cargo de la empresa familiar en cuyo seno había aprendido el oficio. La opción de ambos por una estética neoclásica para la biblioteca evidencia que, a pesar de las diferencias formativas, el historicismo funcionaba como horizonte común en el imaginario arquitectónico de la época cuando se trataba de la realización de obras de carácter cultural y con vocación pública.

La progresiva profesionalización de la construcción relacionada con el crecimiento de un mercado urbano puede verificarse también en los procesos descritos. La complejidad de los actores involucrados en el levantamiento de la Biblioteca Rivadavia y los conflictos suscitados entre ellos, da cuenta de la cada vez mayor especialización del sector. Así, mientras Guiraud se encargó exclusivamente del diseño y la dirección de obra, Justo José Querel y su empresa fueron quienes la llevaron a cabo: arquitecto y constructor aparecían aquí como funciones separadas. Querel tuvo en sus manos la coordinación del trabajo de albañilería y la subcontratación de otros especialistas, como escultores, vidrieros, herreros, marmoleros y pintores. En el caso de Suárez, la licitación recayó sobre el mismo José Bevacqua quien, junto a Lattanzi, había sido uno de los autores del proyecto y que fue el responsable de llevarlo adelante. La disponibilidad de recursos humanos y materiales para la realización de ambas bibliotecas confirmaba las diferencias económicas y demográficas que en el transcurso de los últimos cincuenta años habían ido configurando centros

19 La impronta de la Escuela de Bellas Artes parisina sobre la arquitectura latinoamericana de fines del siglo XIX y principios del XX ha sido objeto de numerosos trabajos. Recientemente, se ha realizado el *Congreso Internacional: El modelo Beaux-Arts y la arquitectura en América Latina, 1870-1930. Transferencias, intercambio y perspectivas transnacionales* (FAU, UNLP – abril 2019) en el transcurso del cual se ha dado cuenta de diversas problemáticas asociadas a esta cuestión. Véase: <http://ocs.congresos.unlp.edu.ar/index.php/CBA/1CBA>

20 Juan Lattanzi nació en 1887 en la provincia de Ascoli Piceno, en la Italia central. En busca de mejores condiciones de vida, durante la primera década del nuevo siglo se trasladó a la Argentina y se estableció en la localidad de Azul. Allí contrajo matrimonio con Concepción Gatti. Hacia 1918 se trasladó a Coronel Suárez donde se desempeñó como constructor. Más allá de su ocupación laboral, Lattanzi mantuvo una relación estrecha con la Biblioteca Sarmiento, cuya comisión directiva integró como vocal, al menos, entre 1922 y 1930. Murió en 1974 luego de pasar gran parte de su vida en su ciudad de acogida. (Dos Santos, 2004: 38) De José Bevacqua los datos con los que contamos no son muchos más que los consignados en el cuerpo. A partir de ellos es posible afirmar que, paralelamente a su labor como constructor, manifestó un constante interés por participar de la vida asociativa suarence: además de integrar la Biblioteca, fue también miembro del Centro Sportivo Sarmiento entre 1918 y 1928 y directivo del mismo entre esa fecha y 1935. Agradezco a Rodrigo Vecchi por facilitarme esta información.

urbanos con distinta proyección de desarrollo en la zona. Lejos de ser solo un reflejo de estas condiciones, la edificación de esta arquitectura monumental fue un factor activo en la afirmación de su modernidad, en especial, en lugares como Bahía Blanca que tenían pretensiones de hegemonía regional sobre el sudoeste de la provincia.

EL CORAZÓN ENTRE LA ELEGANCIA Y LA FUNCIÓN

Si las fachadas de las bibliotecas respondieron a una concepción decimonónica en su carácter de edificios representativos, sus diagramaciones interiores demuestran la convivencia de modelos bibliotecarios de distintas épocas que fueron recuperados y modificados en función de las necesidades y posibilidades de cada institución. Hasta el momento, el análisis del aspecto exterior ha sido priorizado en los abordajes arquitectónicos dedicados a estos edificios; sin embargo, creemos que gran parte de su interés proviene de la original articulación de patrones culturales y temporales diversos que los convierte en artefactos policrónicos, tal como propusimos en la introducción.

Desde fines del siglo XIX, se desarrolló en Europa un proceso de especialización espacial de las bibliotecas como consecuencia del aumento exponencial de sus acervos bibliográficos y por su apertura a un público más amplio. Así, la biblioteca salón, dominante hasta el siglo XVIII, donde convivían depósito y sala de lectura en un mismo recinto, fue paulatinamente desplazada por otra conformada por espacios autónomos interconectados y definidos por sus usos administrativos, de conservación o de consulta que creaban circulaciones diferentes para los bibliotecarios, los libros y los lectores. (Cosme Muñoz, 2004) Esta estructura funcional expresaba simbólicamente una concepción moderna del saber que se concretaba, asimismo, en nuevos requerimientos de inventario, clasificación, catalogación y organización del material bibliográfico. (Forestier, 2012) La idea de un conocimiento compartimentado tenía su correlato arquitectónico en las bibliotecas, donde quedaban definidos, al menos, tres sectores: las salas de consulta y de lectura, las áreas administrativas y de servicios y el depósito donde se almacenaba el patrimonio. Esta noción moderna fue la que orientó el diseño de Guiraud, en concordancia con las exigencias enunciadas por la Comisión en las bases del concurso. Habiendo estudiado los edificios de las bibliotecas Sarmiento de Tucumán y su homónima de Santiago del Estero y habiendo solicitado proyectos de planta de distribución a los arquitectos y constructores locales y a la Dirección de Arquitectura de la Provincia, los directivos habían establecido que la construcción debía contar, en principio, con un salón de actos públicos con capacidad para 300 asistentes, una sala de lectura para 150 lectores, un depósito de libros independiente para 100.000 volúmenes que pudiera ampliarse para alojar 200.000, salas para la secretaría, las reuniones del Consejo Directivo y los socios, así como habitaciones de desinfección y mesa de entradas. En la segunda convocatoria, dichas condiciones se especificaron aún más y quedaron fijadas como sigue:

a) Un salón para actos públicos, con una capacidad no menor que para cuatrocientas personas sentadas, un tablado o tribuna y dependencias necesarias para proyecciones luminosas y de cinematógrafo.

b) *Una sala de lectura de niños, de cincuenta metros cuadrados aproximadamente.*

c) *Un salón de lectura con capacidad para un mínimun de cien personas sentadas ante pupitres para dos.*

d) *Una galería con estanterías para libros de una capacidad mínima de ciento cincuenta mil volúmenes.*

e) *Una sala destinada a mesa de entradas donde se atienda el pedido de libros, con capacidad también para lectores de revistas.*

f) *Una sala para secretaría y reuniones de la Comisión Directiva.*

g) *Dos o tres salitas de 25 a 35 metros cuadrados, cada una, como recinto reservado para uso de los socios de la Asociación Bernardino Rivadavia.*

h) *Una pieza para desinfección de libros, toilette para hombres y para señoras y demás dependencias, incluso las del alojamiento para el cuidador, pudiendo estas últimas ubicarse sobre la azotea. (“Primera sesión ordinaria”, 03/01/1927: 98)*

En este sentido, contemplaba un mayor acervo bibliográfico y una también mayor afluencia de público, tanto a los eventos esporádicos –que ahora incluían los avances tecnológicos que había introducido la difusión del cine– como a las actividades regulares. Cabe señalar que la incorporación de una sala de lectura para niños daba visibilidad a la creciente importancia que iba asumiendo para la institución la sección infantil creada en 1925. (Agesta, 2018) Asimismo, la relevancia otorgada a dependencias como el salón de actos evidenciaba su voluntad de constituirse en un centro cultural integral, a la manera de las bibliotecas comunitarias de los Estados Unidos impulsadas por Andrew Carnegie, y no solo como facilitadora de la lectura. (Cosme Muñoz, 2004: 267-269) Por último, los detalles referidos a las necesidades administrativas y sanitarias dan testimonio de cierta especialización de los saberes y de las funciones del personal bibliotecario que le otorgaba un capital diferencial respecto de los socios y abonados.

De acuerdo con estas disposiciones, se diseñó el plano definitivo de la Rivadavia que fue, luego, publicado la Revista de Arquitectura de la Sociedad Central de Arquitectos y el Centro de Estudiantes de Arquitectura de la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales de la Universidad de Buenos Aires por su condición de pionero dentro de este tipo de realizaciones tipológicas en Argentina. (“Biblioteca Bernardino Rivadavia...”, 06/1931: 288) [Ilustración 10] Allí se explicaba que el inmueble estaba organizado en cuatro partes “independientes y ligadas entre sí para facilitar su acceso, vigilancia y limpieza”:

se ha ejecutado una entrada independiente al depósito, encuadernación, desinfección y archivo. Otra entrada independiente para el servicio, con la calefacción, depósito de material de limpieza, escalera de servicio combinada con los pisos y habitaciones del personal en la azotea. Luego la entrada principal, vestíbulo y hall, y las partes destinadas a las salas de lectura y reunión de socios, todas agrupadas en un solo piso y ligadas entre sí por la mesa de entradas que ocupa un lugar céntrico. Completa este estudio la sala de conferencias en el piso alto, con sus escaleras de acceso, su hall, galería y camarines, y al frente las salas de Comisión y Secretaría que se adaptan para exposiciones de pintura. (“Biblioteca Bernardino Rivadavia...”, 06/1931: 288)

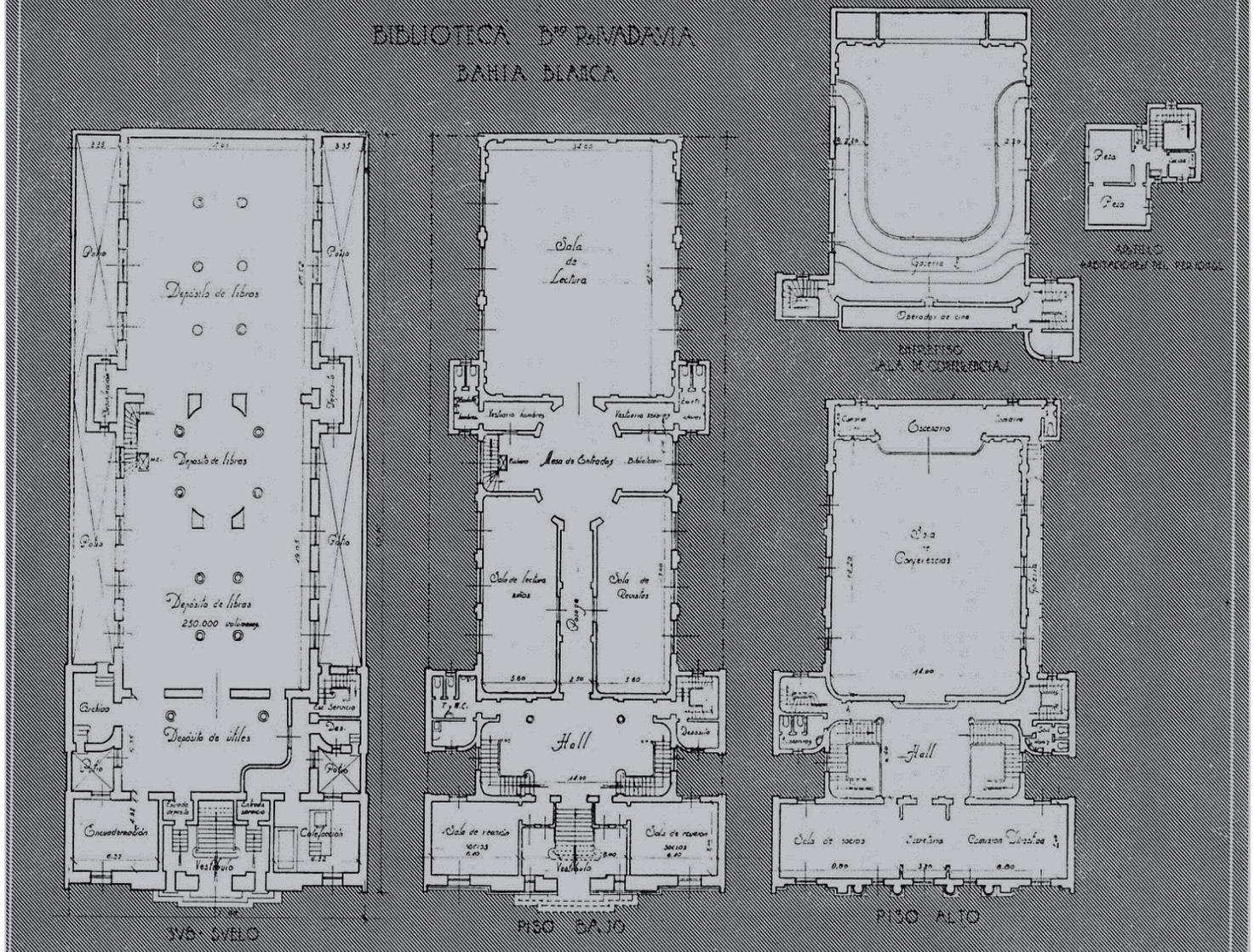


Ilustración 10. Plano de la Biblioteca Popular Sarmiento. 21/06/1946. Escala 1:50. Circunscripción I, Sección A, Manz. 46, Parcela 3. Ficha de Catastro Parcelario Urbano de la Municipalidad de Coronel Suárez.

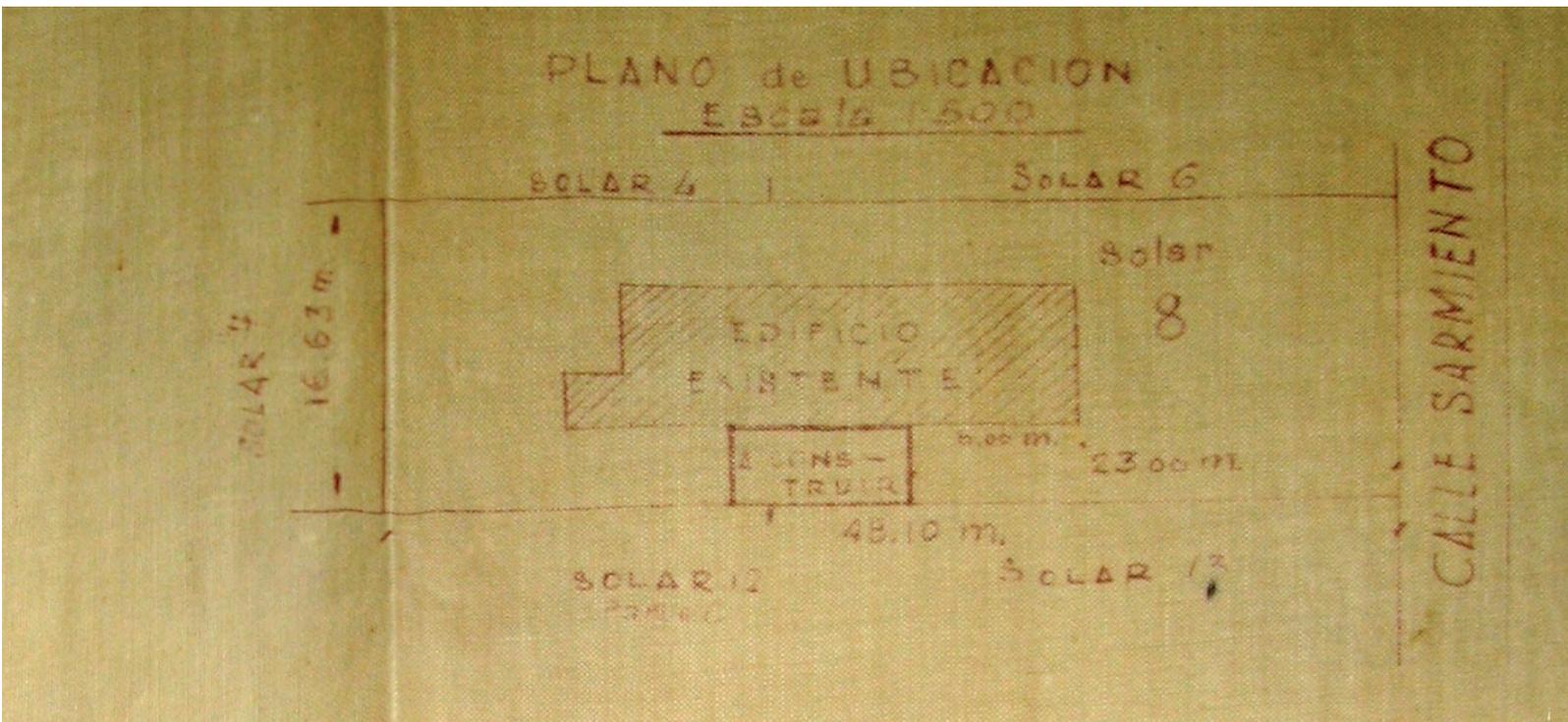


Ilustración 11. Planos para la Biblioteca Bernardino Rivadavia de Bahía Blanca diseñados por Ernesto Guiraud. ("Biblioteca Bernardino Rivadavia...", 06/1931: 289)

Esta reseña en la publicación porteña, le otorgaba a la obra de Guiraud un carácter ejemplar para el resto de las instituciones bibliotecarias del país, ponderando las ventajas de una estructura racional y operativa que, a la vez, se sustentaba sobre los principios de simetría y proporcionalidad propios de la herencia clásica.²¹ Desde su planteo se confirmaba la viabilidad de conjugar la estética monumental y representativa con la creación de las condiciones de uso, iluminación, seguridad y aireación requeridas por los lectores y por las colecciones librescas.

Esto no significó, sin embargo, que el modelo de especialización espacial se impusiera de manera generalizada sobre este tipo de construcciones. Su realización dependía, en gran medida, de los recursos materiales con que contaban las respectivas instituciones. La Biblioteca Sarmiento de Suárez, de hecho, presentó una opción alternativa –la más frecuente hasta ese momento– donde el exterior historicista convivía con la estructura interna de la biblioteca-salón consolidada durante el siglo XVII. Las menores dimensiones de su patrimonio bibliográfico y de su caudal de lectores y asociados y las posibilidades constructivas que ofrecía el terreno y la edificación exigieron un diseño más sencillo que pudiera inscribirse en un lote rectangular y de tamaño reducido. En efecto, mientras en Bahía Blanca el patrimonio en 1929 era de 29.620 vols., en Suárez, tan solo un año antes, era de únicamente 5.200 vols. En esta última, la necesidad de ampliación se manifestó recién a fines de la década de 1930 y fue aprobada por el Municipio en 1946. De acuerdo a los planos presentados en ese momento, la reforma contemplaba la adición de un recinto de 8 m x 4,40 m que, destinado a depósito, sería adosado a la sala de lectura existente. [Ilustración 11] Hasta entonces lectores y libros cohabitaron en un mismo espacio en una fraternidad que muchos consideraban beneficiosa. Los pupitres, colocados de manera transversal en una gran sala, eran rodeados por estanterías perimetrales de madera y vidrio donde se almacenaba el material de lectura y cuyo acceso se hallaba restringido al bibliotecario. [Ilustraciones 12 y 13] La provisión del amoblamiento adecuado para garantizar la conservación y la seguridad de los textos era considerada una prioridad en el presupuesto de las entidades. En el caso de la Sarmiento, el mueble había sido obsequiado también por la logia masónica y su inauguración había sido celebrada en un acto oficial en febrero de 1928. Es interesante observar que las instalaciones de los antiguos propietarios fueron resignificadas de acuerdo a las nuevas necesidades. Así, el estrado en sobrealzada sobre tres escalones separado por una balaustrada que estaba reservado al sillón y a la mesa del Venerable Maestro (Fiorentino, 2019), fue destinado al escritorio del bibliotecario favoreciendo, de este modo, su jerarquización simbólica y sus tareas de control. Por otra parte, la tarima podía ser utilizada como escenario de conferencias y demás actos públicos mientras que la sala podía convertirse en platea mediante la colocación de sillas y el desplazamiento de las mesas.

Estas mismas actividades fueron previstas por la Asociación Bernardino Rivadavia, aunque distribuidas en espacios claramente diferenciados. Sus dos salas de lectura bibliográficas –había otra para la consulta hemerográfica– contaban solo con sillas y pupitres y proponían dos modalidades lectoras distintas según la edad de los usuarios: mientras en la de adultos se disponían

²¹ Sobre la importancia de esta revista para la configuración de la “arquitectura moderna” en la Argentina, puede consultarse Durán (2017).



Ilustración 12. Sala de lectura de la Biblioteca Sarmiento. C. 1929. Gentileza del Centro de Investigaciones históricas de la Municipalidad de Coronel Suárez.



Ilustración 13. Sala de lectura de la Biblioteca Sarmiento. C. 1929. Gentileza del Centro de Investigaciones históricas de la Municipalidad de Coronel Suárez.



Ilustración 14. Sala de lectura, 1930. Extraído de la página web oficial de la Asociación Bernardino Rivadavia. Disponible en: www.abrbp.org.ar/historia/



Ilustración 15. Antigua sala de lectura para niños, 1930. Extraído de la página web oficial de la Asociación Bernardino Rivadavia. Disponible en: www.abrbp.org.ar/historia/



Ilustración 16. Sala de lectura de la Biblioteca Popular Sarmiento en funcionamiento. S/f. Gentileza del Centro de Investigaciones históricas de la Municipalidad de Coronel Suárez

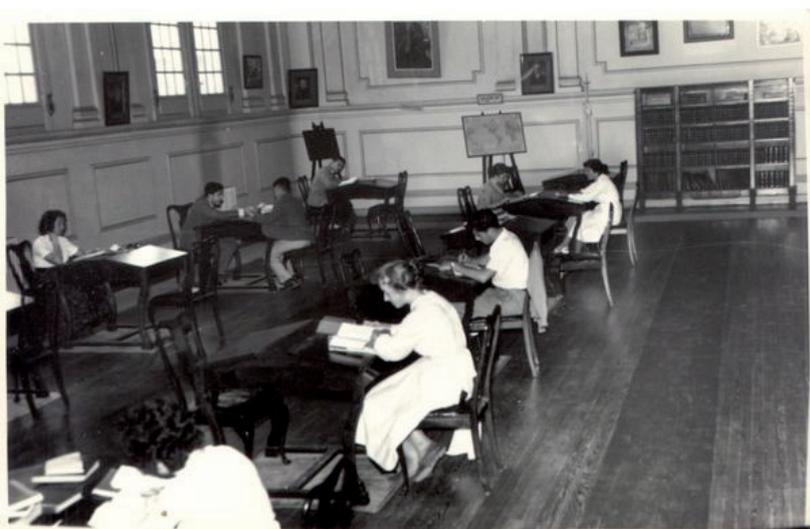


Ilustración 17. Sala de lectura de la Biblioteca B. Rivadavia. S/f. Extraído de la página web oficial de la Asociación Bernardino Rivadavia. Disponible en: www.abrbp.org.ar/historia/

filas de bancos inclinados para un par de personas y pocas de mesas comunes para el trabajo colectivo, en la infantil se colocaron pupitres, también en desnivel, para que ocho niños pudieran leer a la vez. [Ilustraciones 14 y 15] Si consideramos, como ha de mostrar Michel Foucault (2005), que las organizaciones espaciales traducen, proponen y configuran formas de comportamiento, es posible pensar que la disposición del mobiliario en ambas bibliotecas concretaba y propiciaba modos distintos de leer y de acceder al conocimiento para los mayores: así, en Suárez parecía privilegiarse aún el carácter social de la lectura, mientras que en Bahía Blanca dicha práctica iba adquiriendo los rasgos de individualidad y soledad propios de la modernidad. (Cavallo y Chartier, 2004) [Ilustraciones 16 y 17] Por otra parte, durante los primeros tiempos la sala principal mostró una decoración sumamente austera que prescindía de los detalles ornamentales e ilustrativos que se consideraban indispensables para los salones infantiles: allí puede notarse, de hecho, el interés por incluir obras de arte, retratos patrióticos y material cartográfico orientado a complementar la labor cívica y educativa de la biblioteca. Más tarde, dichos elementos –cuya adquisición o donación eran tratadas con regularidad en las reuniones de CD de ambas entidades– fueron incorporados igualmente a los sectores para adultos, sobre todo en los años treinta cuando la ABR fue conformando su propia pinacoteca. [Ilustración 17]

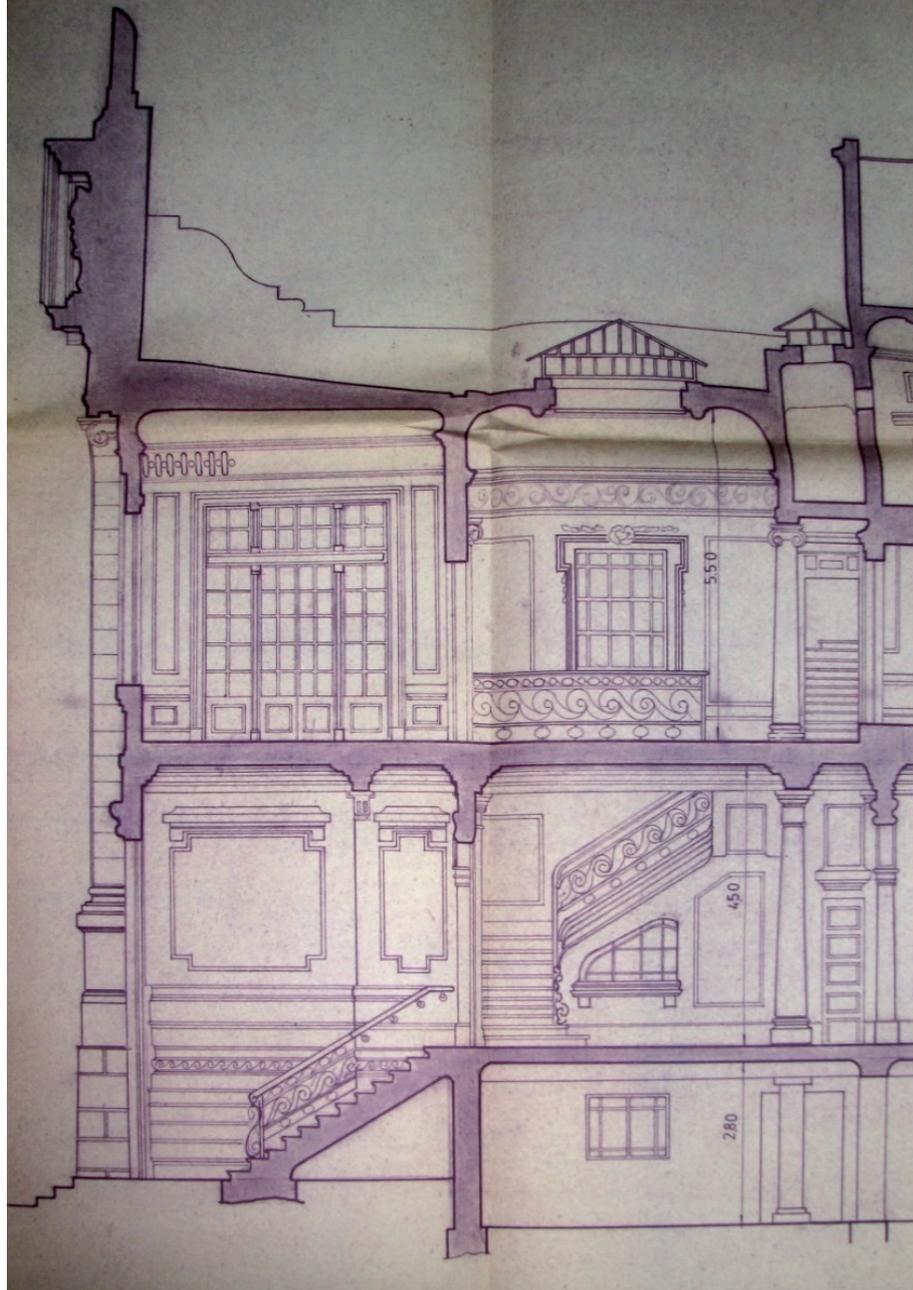


Ilustración 18. Fragmento del plano de Corte Longitudinal A-A de la Biblioteca B. Rivadavia de Bahía Blanca. 16/11/1987. Escala 1:50. Exp. 9116-A-1938, 114-B-1941, 1420-B-1964. 21/06/1946. Escala 1:50. Circunscripción I, Sección A, Manz. 53a, Parcela 2ª, Part. 11453. Archivo de la Dirección de Ordenamiento Urbano y Planificación de la Municipalidad de Bahía Blanca.



Ilustración 19. Hall de entrada, 1930. Extraído de la página web oficial de la Asociación Bernardino Rivadavia. Disponible en: www.abrbp.org.ar/historia

“ENTRAR ES ASCENDER”

Entrar es ascender. Luego el pasillo destinado a preparar el cuerpo a la liturgia del saber: ojos que se aclimatan a la estoica luz, silencio erudito ante el que se han de amilantar sonidos de afuera.
(Raimondi, 2010: 84)

La sacralidad atribuida al libro y el respeto reverencial que se pretendía inculcar hacia la cultura letrada, requerían de un umbral significativo que separara el espacio bibliotecario del ámbito mundano cotidiano. Como en los templos, acceder a la biblioteca suponía ingresar en un lugar con un valor cualitativo diferente, una heterotopía (Foucault, 2010) donde la temporalidad se suspendía, o, mejor, donde convivían distintos tiempos gracias a la preservación de sedimentos discursivos integrados así a la memoria universal. Este pasaje simbólico estaba facilitado, en el caso suarence, por el amplio patio que dividía al edificio de la calle y que, a su vez, se hallaba diferenciado de ella por una verja y un pórtico que rompían con el movimiento de continuidad. [Ilustración 8] La construcción, además, recuperaba la tradición romana para elevarse sobre el nivel del suelo por medio de cuatro escalones enmarcados por las mencionadas pilastras. Esta verticalidad fue acentuada en Bahía Blanca a través de la incorporación de una escalinata de 13 peldaños y casi 3 m de altura [Ilustración 18] mediante la cual se accedía a un elegante hall de entrada y, luego de atravesar una galería de 7 m de longitud, al rond-point de despacho de libros. [Ilustraciones 19 y 20] La metáfora del aprendizaje como elevación espiritual adquiría, de este modo, una concreción arquitectónica en la entrada reservada únicamente a los usuarios.

En la construcción de Guiraud, el hall de entrada funcionaba también como preámbulo distinguido y elegante que anunciaba la dignidad y el buen gusto encarnados por la institución así como su modernidad reforzada por el uso de materiales industriales, como el vidrio de los vitrales y pórticos y el hierro de las barandas que conducían hacia la planta alta donde se encontraban el auditorio y las oficinas de los directivos.²² El diseño orgánico y ondulado de la herrería realizada por el taller Ricciardi y de la carpintería tanto como el trabajo sobre los cristales coloreados y la inclusión de guardas vegetales, aludían a las pautas estéticas del art nouveau europeo –principalmente a la

22 La historiografía dedicada a examinar la utilización del hierro en la arquitectura argentina es amplia y variada, razón por la cual no será tratada in extenso en esta ocasión. Brevemente, puede mencionarse el recorrido histórico que efectúan Jorge F. Liernur y Fernando Aliata (2004) a propósito de esta cuestión en su Diccionario de Arquitectura en la Argentina. De acuerdo con estos autores, el hierro, empleado tempranamente para la elaboración artesanal de partes especiales de los edificios, se generalizó a fines del siglo XIX. Con el gran crecimiento urbano del país se desarrollaron firmas locales –sobre todo, de origen italiano– y aumentó la importación de productos provenientes de la Europa industrial y de EE.UU. Hasta 1930, además incorporarse a las nuevas tipologías constructivas ligadas a la infraestructura económica, “en el conjunto de la arquitectura historicista, rejas, marquesinas y herrajes contribuye[ro]n a formar la imagen elegante y opulenta de los centros urbanos. El hierro forjado y fundido se adapt[ó] en una estimulante mezcla a los más diversos estilos: Beaux Arts, Art Nouveau, Art Déco y Moderno”. (Liernur y Aliata, 2004: 151) En Bahía Blanca, la expansión de la arquitectura ferroportuaria desarrollada por iniciativa de los capitales británicos a fines del siglo XIX y principios del XX, extendió el uso de este material de la mano de una estética funcionalista. (Zingoni, 2010) Su aplicación en la ornamentación y en el arte público ha sido menos analizada y requiere aún de un estudio pormenorizado.



Ilustración 20. Rond-point. (“Biblioteca Bernardino Rivadavia...”, 06/1931: 291)

obra de Henry Van de Velde en Bélgica (Argan, 1991)²³ aunque en una versión sobria adecuada a la seriedad de la misión cultural. El hall de entrada se erigía, entonces, en un espacio culturalmente marcado (Colinet, 2012) que anunciaba y organizaba el resto pero que, paralelamente, construía una atmósfera de calma que se diferenciaba de la agitación cotidiana, de los espacios comerciales y estandarizados.

A través del pasillo mencionado, se arribaba a un espacio novedoso de planta elíptica a partir del cual se abrían las tres salas de lectura²⁴ y los vestuarios en la cual se ubicaba la mesa de entradas. Identificado como rond-point, este recinto cumplía una función operativa: la solicitud, el despacho y la devolución del material. Atendidos por personal especializado, se encontraban dos mostradores –uno para textos escolares y secundarios y otro para libros y hemeroteca en general– que operaban como frontera entre los lectores y el patrimonio de la biblioteca almacenado en el subsuelo. En efecto, se proponía un sistema “cerrado” que, a diferencia del open shelf que primaba en la sala de referencia (Nelson, 1929), requería de la mediación del bibliotecario para

²³ Como precisa Giulio Argan, *el art nouveau fue una expresión típica del espíritu modernista de fines del siglo XIX ligada al desarrollo de las ciudades, al progreso industrial y al auge de la burguesía europea. Se erigió como una auténtica moda que, más allá de las variaciones regionales, se caracterizó por su temática naturalista, el uso de motivos derivados del arte japonés, elementos morfológicos determinados por las curvas y la utilización suavizada del color, la búsqueda de ritmos musicales, ondulados y sinuosos y su sentido de agilidad, dinamismo, ligereza y juventud. Funcionalidad y belleza aparecían, así, unidos en la creación de una imagen idealizada y optimista de la civilización industrial occidental.* (Argan, 1991: 188-195)

²⁴ La sala de lectura de diarios y revistas, sala de lectura general, sala-biblioteca infantil y discoteca pública. (“Breve reseña...”, 14/07/1973)

efectivizar el préstamo de los textos. De esta manera, se pretendía mantener el orden de los estantes y preservar el acervo del tan temido robo de libros. Tal como prescribían los manuales de biblioteconomía de la época, la estancia era de fácil acceso al público, se encontraba separada de las de lectura “para evitar perturbaciones”, tenía suficiente luz gracias a su posición centralizada y contaba con la amplitud necesaria para garantizar la comodidad de los visitantes (Gräsel, 1913). La organización interna del edificio participaba, así, activamente en la construcción de nuevas pautas de relación entre el personal y los usuarios, según la cual existían sitios reservados para cada uno de ellos de acuerdo con sus saberes y competencias. Asimismo, esta separación contribuía a reforzar las representaciones en torno al carácter sacro de la cultura escrita y, por lo tanto, a consolidar la distancia simbólica que se erigía entre los libros y los potenciales lectores.

Si estas transformaciones en el espacio arquitectónico influyeron en la introducción de pautas de comportamiento y de uso modernas, ellas también impulsaron la modernización de las prácticas bibliotecarias. En efecto, una vez aprobados los planos del edificio, la Comisión Directiva de la Rivadavia dedicó parte de una sesión a tratar sobre las formas de administración y dirección futuras, ya que “en la nueva casa debe resolverse separar en forma absoluta la parte administrativa y cultural de la asociación de la organización técnica que es necesario dar a las distintas salas de lectura y la de la biblioteca circulante”. (“Acta de la 13a reunión ordinaria”, 21/12/1927: 162) Para ello, se designaron a dos miembros de la comisión que contaban con experiencia y conocimientos previos –Francisco Loge (h) como administrador-bibliotecario y Germán García como jefe de la sala de lectura– para cumplir funciones permanentes de manera rentada.²⁵ De igual modo, en 1929 se confeccionó el inventario bibliográfico y las fichas de búsqueda de acuerdo a los sistemas propuestos y generalizados por los compendios técnicos²⁶ que, desde había unos años, se habían ido adquiriendo por distintos medios.²⁷ Poco después, en 1932, se publicó además un nuevo catálogo actualizado y clasificado por secciones y divisiones normalizadas. De igual modo, en Coronel Suárez, aunque las modificaciones implementadas a partir de la inauguración de la nueva sede fueron menos radicales, el traslado de edificio supuso un impulso para la modernización organizativa y en 1929 surgió en el seno de la Comisión Directiva la inquietud de inventariar por primera vez las obras del patrimonio y de regularizar los libros estadísticos y de movimiento lector.

25 El primero recibiría una remuneración de \$ 280 m/n y el segundo una de \$ 240 m/n mensuales.

26 Se optó por el sistema de Jacques Charles Brunet utilizado en la Biblioteca Nacional y difundido por su director, Paul Groussac, en el *Catálogo Metódico de la Biblioteca Nacional* (1893). (Parada, 2013)

27 El primer manual del bibliotecario incorporado al catálogo de la Biblioteca B. Rivadavia fue el de Santiago M. Amaral. El libro fue adquirido el mismo año de su edición (1916), lo cual evidencia el interés que estos temas suscitaban en la institución bahiense.

CONSERVAR Y EDUCAR: LA BIBLIOTECA COMO CENTRO DE MEMORIA Y CULTURA

En el edificio de Guiraud se incorporaron, además, otros dos recintos particulares que ocuparon un papel importante en el proyecto general de la biblioteca bahiense y que no existieron en la de Suárez hasta fines de los años 30: el depósito y la sala de conferencias situados, respectivamente, en el subsuelo y en el piso alto frente a las habitaciones reservadas a los directivos y socios. [Ilustraciones 21 y 22] El depósito, al que accedían los empleados de manera exclusiva, era un amplio salón cuadrangular sostenido por una doble hilera de columnas y con entrada de luz reducida diseñado para albergar 250.000 volúmenes. Aledaño a él, se ubicaron estancias dedicadas a tareas anexas como la desinfección y el encuadernado, así como otras consagradas al archivo, al depósito de útiles y a las calderas. Esta hiperespecialización espacial daba cuenta, por un lado, del desarrollo reciente que se estaba produciendo en el ámbito de la Bibliotecología y, por el otro, de la preocupación de la asociación bahiense por adecuarse a las pautas de funcionamiento modernas. En efecto, en 1922 se había creado la carrera de Bibliotecario en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA –la primera en Latinoamérica–, dando presencia y continuidad institucional a una serie de iniciativas que se habían concretado desde 1908. (Sarmiento, 1930)²⁸ La realización de exposiciones y congresos, la publicación de libros, revistas y artículos sobre el tema, la creación de instituciones de enseñanza bibliotecaria y de asociaciones de bibliotecas, mostraban, al decir de Javier Planas, una disposición bibliotecológica, es decir *“una voluntad de saber que entraña la estructuración de un espacio de conocimiento distintivo con aspiraciones técnicas y científicas”*. (Planas, 2019: 55) El mantenimiento y la sanidad de los libros, sus condiciones de preservación, las formas de catalogarlos y de organizarlos se transformaron en tópicos de reflexión por parte de quienes gestionaban las bibliotecas populares. La asistencia de sus representantes en los eventos nacionales, así como la incorporación de material específico a su patrimonio,²⁹ evidenciaban el creciente interés que los aspectos técnicos suscitaban entre ellos. De esta manera, la inclusión de un depósito con iluminación, aireación y tamaño adecuados fue una prioridad para los bahienses

Igualmente lo fue el diseño de un amplio salón de actos que contara con 400 butacas aptas para albergar la asidua concurrencia a las conferencias que organizaba la biblioteca con regularidad desde 1914. Dado que el costo del alquiler de las salas cinematográficas y teatrales resultaba muy oneroso para las arcas de la asociación,³⁰ se consideró imprescindible la incorporación de dichas

28 En la provincia de Buenos Aires, ya en 1904 Luis R. Fors, director de la Biblioteca Pública con sede en La Plata, había propuesto la creación de una Escuela Especial de Bibliotecarios y Archiveros que, sin embargo, no llegó a concretarse. (Coria, 2014) Como precisa Nicanor Sarmiento (1930), fue luego de la rehabilitación de la Ley n. 419 en 1908 se inició el período de desarrollo bibliotecológico que, recogiendo los aportes efectuados desde el último cuarto de la centuria anterior, sentaría las bases para la profesionalización de la actividad.

29 En el caso de Bahía Blanca, pueden consultarse los catálogos de la biblioteca para valorar el notable crecimiento de la sección “Bibliografía y bibliotecas” a partir de 1916. La Biblioteca Sarmiento no ha conservado sus catálogos ni inventarios previos a 1930, razón por la cual no es posible realizar un seguimiento de la materia. Sin embargo, podemos aventurar que, dado que hasta 1930 no se levantó un registro del patrimonio, las preocupaciones técnicas no ocupaban un lugar tan preponderante en la agenda de la comisión directiva.

30 La ABR solía rentar varias veces por año las salas del Cine Odeón, en principio, y del Teatro Municipal y del Teatro Rossini, más tarde. La biblioteca suarence, por su parte, solía realizar sus actos en el Teatro Luciano Manara, propiedad de la Sociedad Italiana local.



Ilustración 21. Depósito, 1930. Extraído de la página web oficial de la Asociación Bernardino Rivadavia. Disponible en: www.abrbp.org.ar/historia

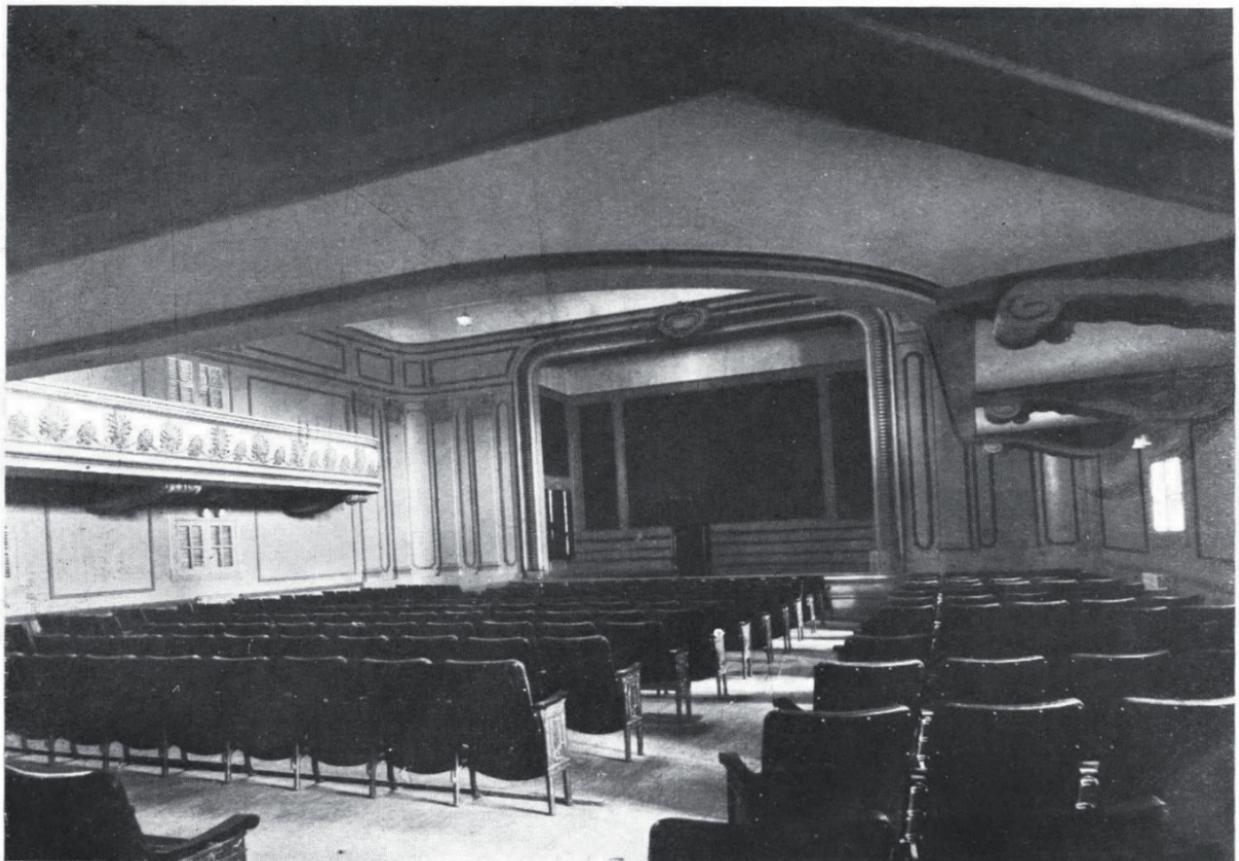


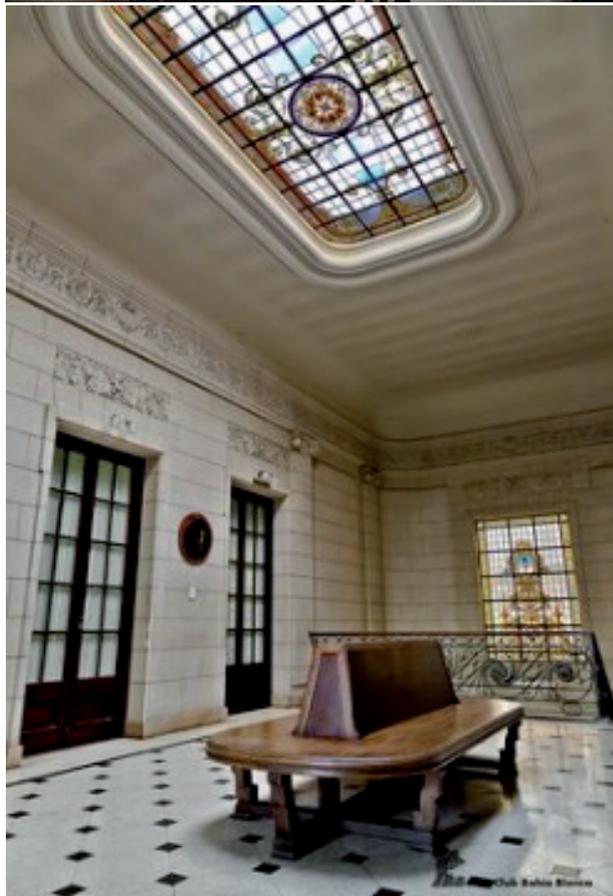
Ilustración 22. Sala de Conferencias, 1930. ("Biblioteca Bernardino Rivadavia...", 06/1931: 292)

instalaciones. Diseñada como teatro, la sala consistía en un espacio rectangular en el que se ubicaba la platea y sobre el que se superponía una galería en forma de herradura. Elevado sobre escalones, se encontraba el escenario a cuyos laterales se adosaban sendos camerinos. Esta arquitectura teatral, que en Argentina tuvo como ejemplo paradigmático el Teatro Colón (1889-1908) y en Bahía Blanca su expresión local en el Teatro Municipal (1913), (Liernur, 2001) respondía al proyecto de expansión de las actividades culturales que sostenía la Rivadavia. Tal como ha demostrado María Noelia Caubet (2019), a poco de inaugurado el nuevo edificio se intensificó la presencia de las artes musicales en ella a partir de la organización de conciertos propios y de otras instituciones, de la compra de un piano y de la conformación de una sección de partituras. También se llevaron a cabo veladas cinematográficas, en concordancia con lo previsto desde la diagramación que había incluido un sector destinado al operador de cine. La decoración elegante, pero austera, remitía, como el resto de la edificación, a ese “partido de la sobriedad” que Liernur (2001) ha identificado en el pensamiento arquitectónico finisecular que rechazaba la exuberancia en pos de la sencillez, la racionalidad y el autocontrol como marcas sutiles de distinción.

LAS LUCES DE LA RAZÓN. LA ILUMINACIÓN BIBLIOTECARIA

En edificios dedicados a la lectura, las cuestiones funcionales no se limitaban únicamente a la organización de los espacios sino que también atañían a otros factores incorpóreos que, como la iluminación, hacían posible el acceso a lo escrito a la vez que sumaban una dimensión significativa a la propuesta institucional. Los libros de Biblioteconomía destacaban la centralidad del problema. El *Manual del bibliotecario* de Arnim Gräsel editado en 1913 en Santiago de Chile que integraba el patrimonio de la Biblioteca Rivadavia, señalaba, en efecto, que era indispensable que el alumbrado fuera lo mejor posible, es decir, que la luz fuera buena, abundante y difusa. Ahora bien, continuaba, “¿cómo procurarse tal luz para que no caigan directamente los rayos solares cuyo efecto sería perjudicial?”. (Gräsel, 1913: 69) La pregunta a tal interrogante requería que la diagramación del sistema de iluminación fuera tenida en cuenta desde el momento mismo de elaboración del diseño arquitectónico, tal como había hecho la Comisión Directiva de la ABR al momento de evaluar los anteproyectos presentados en el concurso de 1927. Para Gräsel, era necesario que se combinaran las fuentes de luz natural y artificial mediante la incorporación de ventanas anchas y altas, techos o cúpulas de vidrio en forma de linterna o paralelepípedo y equipamiento de artefactos eléctricos que evitaran el cansancio visual y mantuvieran la calidad de los impresos. Estas consideraciones se basaban en otras de carácter pedagógico más general que concernían a las consecuencias y los riesgos fisiológicos de la lectura, en especial, para los niños. Revistas oficiales, como *El Monitor de la Educación*, o especializadas, como la *Revista Pedagógica Argentina*,³¹ se ocupaban de difundir entre las instituciones culturales y educativas la necesidad de

31 Por ejemplo, “Higiene escolar: la orientación de las alas de clase del punto de vista de la iluminación” de Adolfo Valdez (*El Monitor de la Educación* 28 (428), 1908, 268-274) e “Higiene especial de la lectura” (*Revista Pedagógica Argentina* III (23), 1890, 406-408). Hemos examinado la problemática de las consecuencias físicas de la lectura y los temores a ellas asociados en Agesta (2018).



Ilustraciones 23 y 24. Sala de lectura general Domingo F. Sarmiento y Hall de la Planta Alta de la Biblioteca Bernardino Rivadavia. Crédito fotográfico: Foto Club Bahía Blanca, Marcelo Lirio, Héctor Herro y Silvina Basualdo. Disponible en: <https://www.abrbp.org.ar/arquitectura/>

atender dicha cuestión sustentadas el discurso higienista. En el caso de las entidades que nos ocupan, el tema de luz adquirió estatuto oficial cuando el Primer Congreso de Bibliotecas Argentina (1908) resolvió que era en bien de la salud pública consultar el mejor sistema de iluminación, mobiliario, calefacción y ventilación para establecerlo en las bibliotecas. (Sarmiento, 1930: 97)

Como puede observarse en las fotografías, más allá de las diferencias en las dimensiones de los edificios considerados, en ambos se incorporó la luz eléctrica mediante la disposición de apliques en las salas. Las lámparas colocadas encima de los pupitres, apuntaban a facilitar la lectura de los asistentes sin cegarlos mediante su cercanía o potencia excesiva. Así, los respectivos libros de actas dan cuenta de que la instalación de los servicios eléctricos en ambas sedes –a cargo de Casa Garrone en Coronel Suárez y de la compañía Hardcastle en Bahía Blanca– fue una de las prioridades de los respectivos directorios. Las bibliotecas se sumaban de este modo a la auténtica fascinación que había suscitado la electricidad en la sociedad argentina de fines del siglo XIX y principios del XX. (Liernur y Silvestri, 1993) Marca de progreso y metáfora de la Razón, el uso de esta energía se adecuaba tanto a las necesidades operativas como a los sentidos simbólicos de la tarea bibliotecaria y, como tal, fue incorporado en las nuevas instalaciones.

El problema funcional se solucionó, además, mediante la apertura de ventanales laterales de vidrio transparente –que en el caso de la ABR se completó con puertas también vidriadas– que permitían el ingreso de luz natural a los recintos. Debido a las limitaciones espaciales de la Sarmiento, estas aberturas fueron circulares

y de tamaño reducido y se ubicaron en la parte superior de los muros laterales, encima de las estanterías. En la Rivadavia, por el contrario, el diseño de las ventanas seguía las prescripciones de Gräsel, creando grandes espacios cuadrangulares que se distribuían uniformemente por las habitaciones. Como puede verse en el plano [Ilustración 10], el arquitecto previó patios internos laterales que alejaran al edificio de las paredes medianeras y permitieran la llegada de la luz con un aprovechamiento eficiente del terreno.

Estas fuentes de iluminación se conjugaron con aberturas cenitales que se ubicaron en los techos de las salas principales. [Ilustraciones 23 y 24] Las grandes dimensiones de estas superficies vidriadas, así como otras colocadas en sitios de ingreso y circulación, fueron trabajadas mediante la técnica del vitral, con una pretensión de articular una determinada percepción visual del ambiente con el despliegue de un programa decorativo e iconográfico acorde con la representación que sostenía la biblioteca de sí. Si bien estos vitrales requerirían de un estudio pormenorizado, vale la pena señalar aquí algunos detalles sobre sus características y su procedencia. La realización –tercerizada por el mencionado Querel– estuvo a cargo de un taller de origen inglés, Casa Thomas, que operaba en Buenos Aires y se efectuó de acuerdo con motivos específicos encargados por los comitentes que incluían tanto elementos vegetales ornamentales y guardas, como iconografía patriótica y simbología masónica.³² [Ilustraciones 25, 26 y 27] Como señala Fivaller Pablo Subirats, su restaurador en 2011-2012, a pesar de que no es mucho lo que se conoce sobre el trabajo de esta empresa, el estudio de los vitrales muestra la intervención de dos o tres realizadores no muy calificados en el caso de los diseños secundarios de planta baja y de un único artesano –probablemente Thomas– en los más elaborados de las aberturas cenitales, como la del auditorio. (“Detrás de los vitrales”, 28/12/2011). Aunque originalmente asociados a los edificios religiosos, a principios del siglo XX, tanto en Argentina como en el resto del mundo, este tipo de trabajos fueron incorporados a la arquitectura civil, con temáticas y propósitos diferentes. Se trataba entonces de “vitrales laicos” que cumplían la triple finalidad de operar como marca social, de resguardar la privacidad de los espacios y de otorgar una iluminación difusa, coloreada e indirecta que creaba un clima particular de recogimiento y trascendencia. (Huser, 10/2015)³³ Mientras los rasgos estéticos y la naturaleza del material mismo resaltaban la actualidad de la construcción, la utilización de las tintas suavizadas y transparentes (Argan, 1991: 189) creaba un entorno inmaterial y sublime que dialogaba con la fachada y reforzaba su analogía con el templo. Los motivos masónicos y los

32 Lamentablemente es casi nula la información que poseemos sobre el proceso de elaboración de los vitrales. De las actas de la asociación, puede extraerse que los trabajos fueron realizados a partir de una subcontratación efectuada por el constructor Querel y que se pagó a la empresa Thomas un monto de \$1000 por la labor por intermedio del arquitecto Guiraud. Muy escasos también son los estudios sobre la industria del vidrio en Argentina. Tal como señala el mismo Subirats, en el país existieron algunos talleres italianos y muy pocos de origen francés e inglés. En la mayoría de los casos, aunque se utilizaron materiales locales, los diseños eran traídos desde el exterior.

33 Aunque originalmente desarrollado en el arte medieval eclesiástico, el arte del vidrio policromado resurgió en Europa entre 1840 y 1850 para consolidarse a fines del siglo XIX a partir del uso que de él hizo el Modernismo de la mano de artistas como Émile Gallé, Lluís Domènech i Montaner, Antonio Gaudí, Charles Mackintosh, Héctor Guimard y Víctor Horta, entre otros. Ya en América, John La Farge y Luis Comfort Tiffany investigaron sobre las posibilidades del vidrio opalescente e introdujeron innovaciones técnicas que permitieron el trabajo industrializado de la técnica del vitral y sus aplicaciones decorativas (Huser, 08/2015)



Ilustraciones 25, 26 y 27. Detalles de algunos de los vitrales de la Biblioteca Bernardino Rivadavia de Bahía Blanca. Créditos fotográficos: la autora y Foto Club Bahía Blanca, Marcelo Lirio, Héctor Herro y Silvina Basualdo. Disponibles en: <https://www.abrbp.org.ar/arquitectura/>

símbolos patrios, por su parte, alineaban a la biblioteca en la tradición del librepensamiento y su confianza en la educación como factor de transformación social y la insertaban en el proyecto de cimentación de la Nación. La luz adquiría así una plenitud de sentidos que excedía a un punto de vista meramente utilitario para construir significados que, a su vez, orientaban prácticas y formas de concebir las instituciones en el contexto de la modernidad. (Cantié et al, 2012)

CONCLUSIONES

La historia de las bibliotecas es también la historia de sus edificios. Así, en el presente artículo hemos analizado la dimensión arquitectónica de dos bibliotecas populares del sudoeste de la provincia argentina de Buenos Aires – la Rivadavia (1882) de Bahía Blanca y la Sarmiento (1915) de Coronel Suárez–, prestando atención tanto a sus aspectos estéticos como funcionales. Ambas sedes institucionales fueron concebidas aquí como artefactos culturales policrónicos donde el lenguaje de historicismo eclectista convivió con la diagramación racionalizada de los espacios interiores y con una decoración moderna que se hacía eco de las nuevas orientaciones de las artes visuales, en pos de conjugar las necesidades representativas con los requerimientos operativos. En este sentido, las construcciones participaron de manera activa, como productos y como agentes, del proceso de modernización que estaba teniendo lugar en la Argentina desde fines del siglo XIX y que se volvía acelerado en zonas alejadas de la capital que se habían insertado exitosamente en el modelo económico implementado por el gobierno nacional. En estos contextos de provincia, las bibliotecas creadas y administradas por los mismos ciudadanos se convirtieron en marcas de progreso y en referentes regionales que se integraron a los respectivos entramados urbanos en expansión confundándose con la arquitectura pública que componía la “ciudad ideal”.

Las construcciones, en consecuencia, son consideradas no como elementos aislados y autosuficientes, sino como parte del paisaje urbano en configuración. Las localidades bonaerenses, de reciente fundación, fueron protagonistas a principios del siglo XX de una rápida urbanización que las condujo en pocos años a adquirir el estatuto de ciudades. La conjunción de la grilla y los rieles ferroviarios fue definiendo sus perfiles que, aunque diferenciados en función del carácter y la envergadura de las poblaciones, mantuvo factores comunes como la distinción interna entre centros y periferias. Las entidades que nos ocupan, encarnaciones de la cultura letrada legítima, se insertaron, de hecho, en el primero de estos polos junto con los edificios del poder público y privado, como municipalidades, iglesias y bancos, entre otros. De esta manera, desde sus fachadas reforzaron los aspectos simbólicos del proyecto civilizador y de los valores republicanos. El historicismo decimonónico operó visualmente como estrategia para asociarlos a los templos clásicos, jerarquizando y sacralizando así su función laica.

Sostenidas principalmente por el aporte societario, las bibliotecas en cuestión estuvieron sometidas a continuas mudanzas hasta el momento en que pudieron erigir sus propias casas. Para ello, resultó fundamental tanto la colaboración de filántropos locales como el apoyo estatal –municipal, provincial y nacional– que, para la década de 1920, había regularizado su política de

subsidios bibliotecarios así como los mecanismos y agencias burocráticas encargados de gestionar los pedidos. Los recursos económicos y los procedimientos constructivos dan cuenta, ya para entonces, de las distintas dimensiones que estaban adquiriendo Bahía Blanca y Coronel Suárez. Mientras en el último caso se mantenía la elección discrecional del proyecto, el protagonismo de los “idóneos” y la indiferenciación de funciones que había caracterizado a etapas anteriores, en el segundo la ejecución de un concurso de anteproyectos, la preeminencia de la figura del arquitecto y la separación entre la fase proyectual y la de la realización evidenciaban la incorporación de pautas modernas que fundaban las pretensiones de hegemonía cultural regional de la ciudad. A pesar de estas diferencias, en una y otra se escogió un lenguaje semejante que fue resuelto en la medida de las posibilidades financieras y espaciales con que contaba cada entidad.

La diagramación interior de las nuevas edificaciones dependió también, en gran medida, de dichas particularidades. Adentrarse en los espacios bibliotecarios permite relativizar afirmaciones centradas en el aspecto externo que sostienen el anacronismo de la arquitectura provinciana y entenderla como el resultado de la apropiación selectiva de los repertorios formales históricos y geográficos disponibles en ese momento. La complementariedad de fuentes escritas, fotográficas y cartográficas habilitó, en efecto, el estudio de estos ámbitos como lugares heterogéneos cuyos componentes fueron seleccionados en función tanto de sus implicancias simbólicas como de las necesidades de uso. Las fachadas neoclásicas acompañaron, así, el modelo de la biblioteca salón suarence tanto como el más moderno y especializado de la entidad bahiense. En efecto, el creciente número de lectores y libros que debió albergar esta última y la profesionalización del saber bibliotecario en curso, requirieron de una diferenciación funcional del espacio que contribuyó, a su vez, a los procesos de racionalización de las tareas. En Coronel Suárez, este trayecto fue posterior, hecho que justificó que, en primera instancia, se adoptara una disposición de salas donde el personal, el patrimonio y sus usuarios convivieran en mismo recinto.

La doble faceta funcional y simbólica que adquirió la estructura espacial fue compartida también por otros elementos arquitectónicos que asumieron un papel protagónico en las construcciones: el sentido ascensional como metáfora de la elevación que suponía el conocimiento, la consideración de recintos que conjugaran la misión dual de conservación y de pedagogía cultural que correspondía a las bibliotecas, y el protagonismo de la luz –natural y artificial– como representación de la razón y como índice de modernidad. Estos factores constituyeron un umbral cualitativo con el mundo exterior que contribuyó a fortalecer su carácter heterotópico y la condición aurática de la cultura escrita. Templos del saber, las bibliotecas se presentaron, así, con una naturaleza bifronte que, a la vez que pretendía facilitar el acceso de la población al conocimiento, introducía una reverencialidad que producía el efecto paradójico de la lejanía.

REFERENCIAS

Referencias documentales

- “La Asociación Bernardino Rivadavia” (01/01/1928). *El Atlántico*, 9 (2600), 13.
- “Acta de la 13ª reunión ordinaria” (21/12/1927). *Libro de Actas de Comisión Directiva 1922-1931*. Bahía Blanca, Asociación Bernardino Rivadavia, f. 162.
- “Acta de la Novena reunión extraordinaria” (14/12/1929). *Libro de Actas de Comisión Directiva 1922-1931*. Bahía Blanca, Asociación Bernardino Rivadavia.
- “Acta nº 385” (13/06/1929). *Libro de actas nº 2, 1926-1942*. Coronel Suárez: Biblioteca Sarmiento.
- “Al margen del acto realizado anoche por la Biblioteca P. Sarmiento” (08/02/1928). *El Imparcial*, 7 (1139), 5.
- “Biblioteca Bernardino Rivadavia en Bahía Blanca” (06/1931). *Revista de Arquitectura*, 17 (126), 288-293.
- “Breve reseña histórica de la Asociación Bernardino Rivadavia” (14/07/1973). Archivo de la Hemeroteca de La Nueva Provincia.
- “Coronel Suárez. Sus grandes progresos y su gran riqueza” (1928). *Centenario de Bahía Blanca 1828-1928*. Bahía Blanca: La Nueva Provincia, 316-317.
- “El nuevo edificio de la Biblioteca Bernardino Rivadavia” (15/08/1930). *La Nueva Provincia*, 33 (10926), 8.
- “Fue un simpático acontecimiento la inauguración de la Biblioteca Bernardino Rivadavia” (16/08/1930). *La Nueva Provincia* 33 (109267), 8.
- “Primera sesión ordinaria” (03/01/1927). *Libro de Actas de Comisión Directiva 1922-1931*. Bahía Blanca, Asociación Bernardino Rivadavia, 98.
- “Vian Giuseppe Vasco. Escultor italiano de prestigio a cuyo cargo está la erección del monumento al general Giuseppe Garibaldi” (30/09/1927). *La Nueva Provincia*, 30 (10.889), 14.
- Álbum Centenario de Coronel Suárez, 1810-1910* (1910). Buenos Aires: Monkes.
- García, Germán (1935). *Cómo nace y progresa una institución de cultura popular. La Biblioteca Popular Bernardino Rivadavia a través de media centuria*. Bahía Blanca: Asociación Bernardino Rivadavia.
- García, Germán (1957). *La biblioteca pública*. La Plata: Ministerio de Educación de la Provincia de Buenos Aires.
- Gräsel, Arnim (1913). *Manual del bibliotecario*. Santiago de Chile: Artes y Letras.
- Ministerio de Gobierno de la Provincia de Buenos Aires (1915). *Fomento y protección de las bibliotecas populares en el año 1914*. La Plata: Taller de Impresiones Oficiales.
- Sarmiento, Nicanor (1930). *Historia del Libro y de las Bibliotecas Argentinas*. Buenos Aires: Luis Veggia.

Referencias bibliográficas

- “Detrás de los vitrales” (26/12/2011). *EcoDias* 12 (392), 8.
- AGESTA, María de las Nieves (2016). “A puertas abiertas. La Asociación Bernardino Rivadavia de Bahía Blanca: reformismo, distinción social y configuración urbana (1882-1930)”, *Estudios del ISHiR* 6 (16), 6-30.
- AGESTA, María de las Nieves (2018). “El ojo y el oído. Cuerpos lectores, educación infantil y bibliotecas populares en el sudoeste bonaerense durante los años 20”. Comunicación presentada en las *VIII Jornadas de Historia de la Patagonia: Miradas sobre el pasado, presente y futuro*. Viedma, 24-26 octubre. [mimeo]
- ARGAN, Giulio C. (1991). *El arte moderno. Del Iluminismo a los movimientos contemporáneos*. Madrid: Akal.
- BARBIER, Frédéric (2015). *Historia de las bibliotecas. De Alejandría a las bibliotecas virtuales*. Buenos Aires: Ampersand.
- CANTIÉ, Philippe, LEBERTOIS, François, LUPONE, Luc et RÖTHLIN, Cécile (2012). “La lumière dans les bibliothèques”. En Petit, Christelle (dir.). *Architecture et bibliothèque*. Villeurbanne: Presses de l'enssib, 90-99. Disponible en: <https://books.openedition.org/pressesenssib/1206>
- CAUBET, María Noelia (2019). “Músicos en escena: asociacionismo cultural y consumo musical en Bahía Blanca (1930-1934)”. Comunicación presentada en *IV Congreso de la Asociación Regional para América Latina y el Caribe de la Sociedad Internacional de Musicología*. Buenos Aires, 5-9 noviembre. [mimeo]
- CAVALLO, Guglielmo y Roger CHARTIER (2004). *Historia de la lectura en el mundo occidental*. Madrid: Taurus.
- CERNADAS, Mabel N. y José MARCILESE (2018). “El arduo camino de la democracia en Bahía Blanca: partidos,

elecciones y activismo social". En CERNADAS, Mabel N. y José MARCILESE (dirs.). *Bahía Blanca siglo XX. Historia política, económica y sociocultural*. Bahía Blanca: Ediuns, 38-102.

CICERCHIA, Ricardo (2016). *Raros artefactos. Travesías, idearios y desempeños de la sociedad civil en la construcción de la modernidad, Argentina 1850/1930. Posdatas de la Historia Cultural*. Rosario: Prohistoria.

COLINET, Élodie (2012). "Hall d'entrée de bibliothèque: entre seuil et accueil". En PETIT, Christelle (dir.). *Architecture et bibliothèque*. Villeurbanne: Presses de l'enssib, 76-89. Disponible en: <https://books.openedition.org/pressesenssib/1206>

CORIA, Marcela K. (oct. 2014). "La Escuela de Bibliotecología de la Provincia de Buenos Aires y la profesionalización del bibliotecario (1948-1950)". *Palabra clave* 4 (1), 48-60. Disponible en: <https://www.palabraclave.fahce.unlp.edu.ar/issue/view/238>

CRESPI VALLS, Antonio (1954). *Homenaje a Luis C. Caronti*. Bahía Blanca: Asociación Bernardino Rivadavia.

DOS SANTOS, Héctor (2004). *120 años en la historia de Coronel Suárez*. Coronel Suárez.

DURÁN, Cecilia (2017). "Arquitectura como arte público. Estado, arquitectos y cultura en la *Revista de Arquitectura* (Argentina, 1925-1943)". Tesis de Maestría. Buenos Aires, Universidad Torcuato Di Tella.

DURAND, Jean-Nicolas-Louis (1825). *Précis des leçons d'Architecture données à l'École Royale Polytechnique*. París: Imprimerie de Firmin Didot.

FIORENTINO, Romina (2019). "Patrimonio Arquitectónico de la Masonería. "Los templos masones" en Capital Federal (CABA) y Rosario". En: ALEJANDRO NOVACOVSKY y ADRIANA OLIVERA (comps.). *Universidad y patrimonio: líneas de acción: ciudad, territorio y patrimonio: 1° Encuentro internacional: Ciudades, Territorio y Patrimonio Cultural y 1° Foro ONG para la defensa del Patrimonio*. Mar del Plata: Universidad Nacional de Mar del Plata, 264-283.

FITTIPALDI, Rosa Angela, GERALDI, María Alejandra, GONZÁLEZ, Carlos (2013). "Dinámicas del espacio urbano. Análisis y propuestas para su enseñanza. Estudio de caso: Coronel Suárez". *EntreVistas [Revista de debates]* (4). Disponible en: http://www.isnsc.com.ar/assets/eje_02_04_fittipaldi_geraldi_gonzalez_dinamicas_del_espacio_urbano_analisis_y_prpuestas_para_su_ense%C3%B1anza_estudio_de_caso_coronel_suarez.pdf

FORESTIER, Florian (2012). "Théorie architecturale et bibliothèques". En PETIT, Christelle (dir.). *Architecture et bibliothèque*. Villeurbanne: Presses de l'enssib, 22-32. Disponible en: <https://books.openedition.org/pressesenssib/1206>

GANDOLFI, Fernando y Eduardo GENTILE (2013). "Ciudades bonaerenses. Un palimpsesto en la Pampa". En: PALACIO, Juan Manuel (dir.). *Historia de la provincia de Buenos Aires. 4. De la federalización de Buenos Aires al advenimiento del peronismo (1880-1943)*. Buenos Aires: Unipe-Edhasa, 419-462.

GARCÍA-DOMÉNECH, Sergio (2016). "El espacio público como catalizador de la arquitectura, el arte y el diseño urbano". *On the w@terfront*, 42 (1), 7-24.

GUTIÉRREZ, Leandro y Luis Alberto ROMERO (2007). *Sectores populares, cultura y política. Buenos Aires en la entreguerra*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.

HUSER, Fabio Leonel (08/2015). "Vitreaux. Renacimiento de un arte". *Toda Santa Fe* (34), 46-47.

HUSER, Fabio Leonel (10/2015). "El vitreaux en nuestra historia". *Toda Santa Fe* (36), 30-31.

IGLESIA, Rafael E. (1979). *Arquitectura historicista en el siglo XIX*. Buenos Aires: Espacio Editora.

Inventario arquitectónico patrimonial (1998). Bahía Blanca: Municipalidad de Bahía Blanca, vol. 1, 2 y 3.

LEFEBVRE, Henri (2013). *La producción del espacio*. Madrid: Capitán Swing.

LIERNUR, Jorge Francisco (2001). *Arquitectura en la Argentina del siglo XX. La construcción de la modernidad*. Buenos Aires: Fondo Nacional de las Artes.

LIERNUR, Jorge Francisco y Fernando ALIATA (comps.) (2004). *Diccionario de Arquitectura en la Argentina*. Buenos Aires: Clarín/Arquitectura, t. 3.

LIERNUR, Jorge Francisco y Graciela SILVESTRI (1993). "El torbellino de la electrificación. Buenos Aires, 1880-1930". En: *El umbral de la metrópolis. Transformaciones técnicas y cultura en la modernización de Buenos Aires (1870-1930)*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 9-95.

LINARES, Santiago y Guillermo VELÁZQUEZ (2012). "La conformación histórica del sistema urbano". En: Otero, Hernán (dir.). *Historia de la provincia de Buenos Aires. 1. Población, ambiente y territorio*. Buenos Aires: Unipe-Edhasa, 365-399.

- MINERVINO, Mario R. (2014) "Templo del saber". *Deck. Arquitectura, diseño y decoración* 5 (24), 18-19.
- MONEO, Rafael (1981). "Prólogo". En: Durand, Jean-Nicolas-Louis. *Compendio de lecciones de arquitectura*. Madrid: Pronaos.
- MUÑOZ COSME, Alfonso (2004). *Los espacios del saber. Historia de la arquitectura de las bibliotecas*. Gijon: Ediciones Trea.
- PARADA, Alejandro (2013). "Historia de las bibliotecas en la Argentina. Una perspectiva desde la bibliotecología". *Fuentes. Revista de la Biblioteca y Archivo Histórico de la Asamblea Legislativa Plurinacional* 7 (29). Disponible en: http://www.revistasbolivianas.org.bo/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1997-44852013000600002&lng=es&nrm=iso
- PARADA, Alejandro (2015). "Espacialidad y bibliotecas. Reflexiones sobre una breve tipología del espacio bibliotecario". *Información, cultura y sociedad* (33), 5-10. Disponible en: <http://revistascientificas.filo.uba.ar/index.php/ICS/article/view/1907>
- PLANAS, Javier (2016). "Libros, lectores y lecturas: Constitución, expansión y crisis de las bibliotecas populares en la Argentina (1870-1890)". Tesis de Doctorado. La Plata, Universidad Nacional de La Plata.
- PLANAS, Javier (2019). "Producción y circulación del saber en la historia del campo bibliotecario argentino". *Información, cultura y sociedad* (40), 53-68. Disponible en: <http://revistascientificas.filo.uba.ar/index.php/ICS/article/view/5474>
- RAIMONDI, Sergio (2010). "Biblioteca Rivadavia". En: *Poesía civil*. Bahía Blanca: 17grises.
- SAUS, María Alejandra (2019). "La grilla y el ferrocarril. Espacio público y cultura urbana en la emergencia de un Estado permeable a lo privado (Bahía Blanca, 1883-1910)". En: AGESTA, María de las Nieves y Juliana LÓPEZ PASCUAL (eds.). *Estado del arte. Cultura, sociedad y política en Bahía Blanca*. Bahía Blanca: Ediuns, 15-36.
- SILVA, Hernán y otros (1972). *Bahía Blanca, una nueva provincia y diversos proyectos para su capitalización*. Bahía Blanca. Universidad Nacional del Sur.
- VILLALOBOS, Laura I. y Flavio BEVILACQUA (2011). "Contenedor cultural". *Deck. Arquitectura, diseño y decoración*, 2 (8), 20-21.
- VILLALOBOS, Laura y Flavio BEVILACQUA (2009). "Los espacios de la Cultura: Edificio de la Asociación Bernardino Rivadavia". En: María del Carmen VAQUERO y Juan Carlos PASCALE (eds.). *El territorio, las actividades económicas y la problemática ambiental en el sudoeste bonaerense: actas de las V Jornadas Interdisciplinarias del Sudoeste Bonaerense*. Bahía Blanca: Ediuns, 387-392.
- VIÑUALES, Graciela M. (1990). "La evolución urbana". En VIÑUALES, Graciela M. y José M. ZINGONI. *Patrimonio urbano y arquitectónico de Bahía Blanca*. Bahía Blanca: La Nueva Provincia, 11-27.
- WILLIAMS, Fernando (2004). "Colonización agrícola y patrones de asentamiento en la Provincia de Buenos Aires durante la segunda mitad del siglo XIX". *IAHM. Revista de Historia Bonaerense*, 11 (26), 15-19.
- ZINGONI, José María (2010). *Arquitectura ferroviaria en Bahía Blanca, 1880-1930*. Bahía Blanca: Ediuns.